

131

LA OREJA DE ORO



NOVELA POR
PEDRO DE CERVANTES
Y DE LOS RÍOS



LA OREJA DE ORO



PEDRO DE CERVANTES

LA OREJA
DE ORO

MADRID

1928

ES PROPIEDAD

Talleres ESPASA-CALPE, S. A., Ríos Rosas, núm. 24. — MADRID

A mi ilustrísimo amigo el señor general

DON MIGUEL PRIMO DE RIVERA

Marqués de Estella, Presidente del Consejo de Ministros, como prueba de admiración y respeto,

PEDRO DE CERVANTES Y DE LOS RÍOS

DIVAGACIÓN

*¡Oh, amor lleno de sol, amor de España,
amor lleno de púrpuras y oros;
amor que da el clavel, la flor extraña,
regada con la sangre de los toros!*

RUBÉN DARÍO

El Duque era un señor de cincuenta años de edad, alto, delgado, muy distinguido y de porte arrogante; usaba patillas partidas por el medio y llevaba siempre consigo su caja de rapé; era el tipo clásico de los nobles caballeros españoles de rancia familia y abolengo; el Duque había vivido siempre en París, en donde cursó sus primeros estudios, y más tarde ingresaba en la carrera de las armas, la que abandonó a su casamiento con la Condesa María, de la que tuvo una hija, llamada Fernanda, que fué por cierto una desgracia, pues aun no contaba los diecisiete años cuando se les casaba con un mal hombre que había de ser el deshonor y la ruina de la familia; el Duque luchó contra viento y marea; pero nada ni nadie pudo conseguir que la joven desistiera de su propósito y embarcaba para América al lado del que había elegido su corazón para hacerlo su dueño y señor. La Duquesa, al poco tiempo de lo ocurrido, murió, no se sabe si de la pena o si de una grave caída de

caballo que había tenido en el Bois de Boulogne, paseo que frecuentaba al lado de los diplomáticos españoles residentes en París; nada se supo de Fernanda hasta después de dos años, los cuales transcurrieron amargos y monótonos para el Duque, que había visto deshacer su vida en tan poco tiempo por las dos mujeres a quien más quería en el mundo y había perdido para siempre. Se entregaba de lleno a gozar, aunque sin sentirlo, y únicamente para olvidar su desgracia frecuentaba de noche los sitios más concurridos de París; iba a todos los teatros y *cabarets* de alta y baja alcurnia, acompañado únicamente de su fiel criado y mayordomo, al que confiaba todas sus penas y sinsabores; vivía en hoteles; su regio palacio hallábase cerrado desde la muerte de su esposa y no había querido volver a vivir en él. Era verdaderamente un hombre raro y extraordinario; gustaba las delicias y placeres mundanos lo mismo que un joven de veinte y conservaba una sonrisa de juventud en medio de sus patillas, casi blancas, y cuando algunas noches se acicalaba el frac para ir a cenar en agradable compañía, parecía otro, parecía el mismo que saliera de la Academia antes de su matrimonio para ir de juerga por esos bailes del *Bal Tabarin* y *Moulin Rouge*, cuando no tenía mucho dinero, o a los mejores de la place Blanche y place Pigalle, adonde el *champagne* era obligatorio y el traje negro era indispensa-

ble. El Duque vivía una vida intensa, una gran vida; se levantaba tarde, casi para almorzar, y por la tarde salía de paseo por esos bulevares de Dios a ver lo que se pescaba, y a veces volvía satisfecho de sus encuentros, que eran accidentados y extravagantes; así había conocido a muchas de sus amigas, en el boulevard; hasta se recuerda de una mora que por su lindo rostro cautivara a medio París y tenía fama de ser una mujer muy culta e inteligente y relacionada con lo mejor y más chic de ese gran mundo internacional que desfila por las grandes capitales.

El Duque, de tarde en tarde recibió las noticias del fatal enlace de su hija con el sujeto que tanta repugnancia le causara, con el consabido arrepentimiento; el Duque contestaba siempre animándola y diciéndola que volviera a Francia y dejara a ese hombre que tanto la había hecho sufrir; pero desde hacía algunos años que, después de enterarse de la separación de su hija de aquel sinvergüenza, no había tenido más noticias que se encontraba trabajando en Nueva York para ganarse la vida y no quería volver al lado del que le predijo su desventura; mas no por falta de amor filial, sino por amor propio y orgullo de no verse bien recibida y tratada en la sociedad que frecuentaba su padre y a la que ella tan poca importancia había concedido; así pasaron diez años, y fueron sin duda los que acabaron de blanquear su noble y rizada cabe-

llera y comenzar a verse venir la vejez en el Duque, que se hacía cada día más exigente y no gustaba de nada y se retiraba solo a viajar, en compañía de su fiel Raimundo, por Italia. ¡Qué bellos viajes hizo por allí, recorriendo ciudades y conociendo, buscando cada día una nueva aventura y un nuevo placer! Hasta que llegó el Carnaval y Niza se ofrece a los turistas, magnífica y complaciente, con sus carrozas y batallas de flores cada año; el Duque volvía de Italia y quiso detenerse en Cannes en la villa que había adquirido su buen Raimundo, para ver de cerca el Carnaval y gustar un año más de su encanto asistiendo a las procesiones de carrozas y gentes que tanta animación causaban por su extraña alegría, semejante a la de un circo o un escenario entre bastidores, y en la que todos parecían locos y olvidarse de quiénes eran para echar un paréntesis en la senda oscura de su vida, iluminada por un rayo de luz. Por fin transcurrieron las fiestas, se fué el Carnaval y volvió la vida a recobrar su acostumbrada calma. El Duque comenzaba a cansarse de todos esos viajes y de todas esas andanzas por el extranjero y sentía una añoranza, aunque muy vaga, de su niñez en España, de donde había salido a los diez años para no volver en cincuenta, y pensaba, quería visitarla; allí tenía parientes y amigos. ¿Por qué no hacer un viaje por su patria? Para recordar su Madrid, y sobre todo

volver a ver aquellas corridas de toros que de niño tanto le impresionaron y dejaron una huella indeleble en su alma; no había vuelto a ver ningún otro espectáculo semejante a los toros; era lo más emocionante que había visto; las carreras de *autos* y caballos le gustaban, algunos deportes le divertían; pero como los toros, nada; por algo sus mayores habían sido los más famosos ganaderos de Andalucía; por fin decidióse, y una noche tomaba el tren para la frontera española. ¿Qué emociones le aguardaban? ¡Quién sabe! El mismo no las sabía; llegó a Madrid, y, como era natural, fué un choque intenso el que recibió, pues no era el Madrid que dejara, ni mucho menos; se lo habían transformado, tomando un aire menos castizo, lo cual eso para el Duque era una gran pérdida, pues él comprendía a Madrid únicamente así, tan chulo y tan castizo como él lo dejara, y más bien le pareció encontrarse en una de tantas capitales europeas que en su Madrid, en su tierra natal, donde había aprendido a rezar al lado de su madre; se instaló en un hotel y comenzó a conocer Madrid, pues no lo conocía y únicamente recordaba las calles principales, Puerta del Sol, Alcalá, Carrera de San Jerónimo y Sevilla; para él, la Gran Vía no existía, y cuando en ella se encontró quedó maravillado, estupefacto del progreso tan enorme que se advertía en esa gran arteria; ésa no era su España, se la habían cambiado. Ma-

drid sin amigos es la ciudad más aburrida del mundo, y él, claro está, tenía conocimientos; pero ¿a qué ahora empezar a hacer visitas, cuando tanto le fastidiaba la sociedad y la gente? Iba todos los días al teatro y era su favorita distracción desde que allí se encontraba, y por cierto que disfrutó de representaciones admirables, pues había en esa época las mejores de España y los autores obsequiaron al público con sensacionales estrenos de todos los géneros y en todos los teatros.

Madrid latía como una gran capital europea; ya no era Madrid el de antaño, que tenía unos cuantos coliseos; ahora era verdaderamente asombroso su adelanto en esta materia, sin contar los *cines* que se habían abierto y que él jamás creyó pudieran interesar tanto en España. Por esas fechas comenzaba la tan tradicional feria sevillana, y allí encontró viejos amigos de su padre con quien pasar una temporada, y visitó Granada y Córdoba, que le entusiasmaron por sus únicos y maravillosos monumentos del arte árabe; llegó a Sevilla y se instaló con su criado en un hotel de la calle de Tetuán, enfrente a un café llamado Sport, en donde solían estar Fuentes y otros matadores de su época, a los que había visto torear en Francia y le habían entusiasmado siempre; visitó la Giralda y la casa llamada de Pilatos, y recorrió Sevilla entera a pie y en *auto*, siendo cada día más atrayente Se-

villa para él, mejor dicho, su España; allí encontró lo que había desaparecido de Madrid, y pensaba el Duque que el día que también desapareciera de Sevilla se acabarían todas aquellas fiestas que atraían cada año innumerables visitantes de todas las partes del mundo; fué a los toros, y esa tarde sintió de nuevo la vida, la vida que sentía ya extinguírsele en Francia, al romper el espacio un alegre y gallardo pasodoble y cruzar lentamente las cuadrillas con ese aire tan majo y rumboso con que pisan los toreros y en la mismísima y más torera plaza de España, la Maestranza. La corrida fué pésima, pero no importaba; importaba el aspecto, el conjunto tan soberbio que ofrecía; nada en el mundo se puede comparar con una corrida de toros. Por la noche visitó los cafés, algunos cafés cantantes que estaban en pésimas condiciones, pero se respiraba siempre esa franca y sincera alegría que no es falsificada y sale del fondo del alma, y empezó el Duque a escuchar el cante flamenco y empezó también a llamarle poderosamente la atención esa manera tan graciosa que emplean los *cañís* para expresar sus penas y alegrías con palabras absurdas y monótonas que dicen siempre sentencias o amenazas.

En Sevilla fué donde conoció a los mejores cantadores de la tierra y se ofreció a oírles y escucharles sus quejas de amor al compás de una guitarra y salpicando esas notas alguna o

algún bailador. Pasaron los días alegremente, y el Duque parecía más contento de la vida; una tarde en los toros hizo tan gran faena el famosísimo *Ráfaga*, que el Duque perdió su ecuanimidad y de pie con todo el público aplaudía los desplantes y alardes del espada, que coronó aquella faena cumbre de una estocada, y quitándose su hermoso sombrero borsalino se lo arrojó a su paso. ¡El Duque arrojando el sombrero por los aires! ¿Qué significaba aquello? Y desde aquella tarde su ídolo y su devoción se consagró a aquel gran torero que había sabido conmoverlo en ese grado de entusiasmo tan grande; fué a visitarlo, y después de serle presentado, una corriente de simpatía unió en la amistad más franca y desinteresada a esos dos hombres que los había unido el arte, lo grande, lo sublime. *Ráfaga* era delgado y moreno, muy fino de línea y ligerísimo de movimientos. Desde entonces cambió mucho la vida del Duque, y se hizo amigo inseparable del famoso lidiador, y recorrió España entera con él, y participó de sus glorias y de sus fracasos lo mismo que si hubiese sido un hermano; entonces fué cuando supo lo que era tener fama y causar expectación; cuando toreaba en alguna parte, la animación era tan característica, y en todos los sitios que visitaban desde su llegada a la estación hasta la fonda u hotel donde se hospedarán. El Duque iba muchas veces vestido de corto, y en muchas oca-

siones acompañó a *Ráfaga* a los toros de sombrero ancho y camisa de cuatro botones; no se le olvidaría nunca la enorme muchedumbre que concurrió un día a verlos pasar en Alicante desde el hotel a la plaza, y de no haber sido tan viejo lo hubieran tomado por algún otro torero; algunos afirmaban que era el ganadero; otros decían que era el empresario. En Sevilla el Duque estaba contento y aun no le cansaba el acompañar al torero; pero eso no podía seguir así por tiempo indefinido; el Duque tenía propiedades en el extranjero que no podía abandonar por más tiempo, y ya hacía un año que se había olvidado de ellas. Raimundo, su buen criado, francés, casi hablaba en español, aunque con un acento tan francés que hacía reír a cuantos le oían contar sus viajes con el señor Duque por el extranjero. *Ráfaga* tenía dos estupendos automóviles, y con ellos se ponían de un lado a otro de España en unas cuantas horas. *Ráfaga* tenía su casa en la Alameda de Hércules; allí vivían sus dos viejas tías, que le criaron y le cuidaron como si fuera su hijo; llegaron a Sevilla, y a poco toreó su primera corrida con el otro as, llamado *Niño II*, que venía precedido de gran cartel y había mucha expectación por verlo allí, en Sevilla, que, aunque el amo indiscutible era *Ráfaga*, *Niño II* tenía muchos partidarios por su enorme valor y conocimientos de las lides tauromacas. ¿Habría ese año competencia? Eso se

preguntaba toda la afición. El Duque se mostraba afectado, y no cesaba de aconsejarle en sus ratos de solaz que cuando viese el peligro inminente lo dejara todo y no por un amor propio tonto fuera a buscarse la cornada, y le recordaba lo de Rafael, el gran Rafael y divino calvo: que una pita duraba un momento y una cornada duraba muchos días y quizá meses. *Ráfaga* no era el torero macho, no; *Ráfaga* era el torero artista, el torero dominador del bruto y el maestro infalible y arrogante, de una elegancia que hacía pensar en su antecesor, Fuentes, y que no admitía otro en la historia. Siguiéron las demás ferias importantes de España, y la competencia con el *Niño II* era cada vez más marcada, y surgió un día el inevitable altercado entre los dos diestros y, por consiguiente, la enemistad. Así torearon juntos toda esa temporada, y ese invierno se fueron a la Costa Azul los dos amigos a su villa de Cannes, y entre Niza y Monte Carlo pasaron los meses invernales deliciosamente, asistiendo a cuantos bailes se daban en casinos y hoteles y luciéndose *Ráfaga* como un formidable *danseur*; había que ver a *Ráfaga* en medio de esa turba de ingleses que invaden el Carlton en Cannes, o en Niza el Ruhl y el Negresco. Vivieron tranquilos y contentos los cuatro meses de su estancia en Francia, y volvió con más ánimo que nunca el espada a tomar parte en la temporada, que se presentaba llena de inte-

rés y acontecimientos; en Madrid lo recibieron fríamente, y eso contribuyó mucho a desalentarle, dejándole a *Niño II* el campo libre, aunque en otras ocasiones se vió muy apurado a pesar de su enorme valor, pues cuando a *Ráfaga* le salía su toro no había en el mundo quien le superara de artista y dominador. En San Sebastián tuvo resonantes éxitos, y aunque se repitió el fracaso de Madrid en varias plazas, no fué del todo mala temporada, y ese invierno se llevó a *Ráfaga* el Duque al campo, a la finca de sus parientes los Marqueses de Fornos, a quienes dejó muy recomendado para que pudiera entrenarse y fortalecerse; él marchó a Francia, y después de dos meses volvió y encontróse con que su amigo se había enamorado de Pilar, una joven morena, de ojos extraños y sensuales, que en el cortijo vivía. ¡Qué locura! ¡Casarse cuando tenía a sus plantas la gloria y la fortuna! ¿Para qué? Para estar cada vez más distanciado del toro y hacerse olvidar de sus mismos y acérrimos partidarios, que iban resignados siempre a ver si podía ser esa tarde la de su torero y a ver si le salía su toro. Mostróse muy reservado el Duque, y se limitó a decir a su amigo que pensara muy bien lo que hacía y no fuera a dar un paso en falso; *Ráfaga* comprendió muy pronto que aquello no podía ser, y a los pocos meses se separaba de la que quería hacer su esposa y tan apasionado se sintiera; como ella no quería más que a su

dinero, pronto conoció el desbarajuste completo de sus caudales, y esa temporada se acentuó más y más el fracaso; así pasaron algunos meses, y el Duque, que ya no estaba para bromas, se instaló en Madrid, y aunque seguía siendo el mismo para *Ráfaga*, ya no lo acompañaba como antes, y cuando éste toreaba, mandaba telegramas para Sevilla a sus tías y para el Duque, con el consabido "Sin novedad". Tarde comprendió *Ráfaga* su error, y dió por terminada la temporada ese año en el mes de Agosto, y *Niño II* seguía triunfando y ganándose los partidarios de *Ráfaga*, hasta darse el caso de muestras hostiles en cuantas plazas toreó este último, y fué por supuesto desastrosa y hasta hubo algún toro al corral, en medio de protestas que parecían voces del infierno. Aquella tarde, cuando *Ráfaga* vió que arreciaba la bronca, se fué al centro de la plaza y cruzó la muleta y la espada, y allí esperó los tres avisos fatales, sin hacer nada por deshacerse del toro, que era un marrajo, y el público creía que era manejable y bravo. Se fué a ver al Duque, y le dijo su resolución de dar por terminada su temporada y sus propósitos de marcharse unos días a Lisboa, pidiéndole le acompañara, a lo que accedió el Duque, y salían para Portugal y al llegar a esa le ofrecieron en seguida un contrato; tenía muchísima fama por esas tierras, de otros años más felices que había ido por allí; pero no quiso aceptar ninguno y di-

rigió sus miradas a Méjico. ¿Por qué no ir a Méjico? Esa era tierra que ofrecía ventajosísimos contratos a los diestros que mejor quedaban en la temporada, y él nunca había podido ir porque no le daban lo que pedía, porque él siempre fué un torero caro y por nada ni por nadie se hubiera contratado por menos; el Duque le animó en su idea y marcharon pronto a Madrid, adonde acababa precisamente de llegar la Empresa de Méjico en busca de *estrellas* coletudas, y nuestro *Ráfaga* se entrevistó y quedó contratado después de haber usado el Duque de su gran diplomacia para con aquellos señores, que les parecía impropio llevar un torero fracasado, y a Méjico, que exigían y entendían lo mismo que en Madrid. “¿Ustedes saben lo que es *Ráfaga*? Es el único—decía el Duque—. ¿Que esta última temporada no se le haya dado bien la cosa? A *Frascuelo* y *Lagartijo* les pasó lo mismo, y sin embargo nadie los apocó.” A fines de Octubre embarcaban para Méjico el Duque y *Ráfaga*, y después de una deliciosa travesía, rara en ese tiempo, llegaron a Veracruz y después a Méjico. Había grande expectación por conocer de cerca y ver torear al tan famosísimo diestro hispano, y la primera corrida fué el primer triunfo, y así siguió toda la temporada y cada vez siendo más dueño de aquel público y de aquel toro, pues era curioso de ver lo que hacía; daba la sensación de que los toros eran unos perros amaestrados o

cosa por el estilo; a nadie se vió torear nunca más elegantemente y más artista. Méjico definitivamente daba de nuevo la gloria y el brillo a aquel astro taurino para no volverse a empañar más y ser el absoluto dueño del cotarro. En la capital azteca, y en su coso de El Toreo, lucharon desesperadamente y vencieron los dos; pero *Ráfaga* ya no era discutido, sino venerado; esa temporada de Méjico acabó de colmar sus ideales y le hizo millonario, y ya no pensaba más que en retirarse, y con ese propósito vino a España, donde le esperaba el Duque y sus tías. Anunció su despedida y una tarde de luz y de sol se despedía matando él, en compañía de *Niño II*, en Madrid, una corrida de Miura. "Esto se ha acabado", decía entre dientes al Duque cuando los habían dejado solos. "Todo para mí ha muerto en la vida. ¿Qué haré yo sin mi vida, que haré yo sin mi público y mis toros?" El Duque, como siempre, le aconsejó que dejara de cavilar en tanta cosa, y se fueron a cenar con algunas amigas y amigos que los esperaban; *Ráfaga* iba cabizbajo y pensativo, pero en el fondo de sus ojos negros brillaba el contento de haberse retirado en plena gloria y habiendo vencido, aún joven y millonario. ¿Qué más podía desear un torero? Su carrera había sido relativamente corta, diez años de torero: dos de novillero y ocho de matador. Muy pronto había alcanzado la fama y la suerte había hecho lo de-

más; tenía treinta años y estaba en pleno uso de sus facultades; de cornadas, dos muy graves había tenido, y las demás, sin importancia. Era el torero de la suerte.

Arreglaron maletas y hacían el viaje de nuevo a Francia, donde permanecieron algunos meses, y allí recibió el Duque la noticia de que su hija Fernanda volvía a Francia. *Ráfaga* conocía a la señorita Fernanda de referencias, y aunque nunca tocaba ese punto por ser violento para el Duque, ese día le habló de ella, y le contó su desgracia y su terrible equivocación por haberse casado con ese hombre que no la había querido nunca. *Ráfaga* quiso salir a recibirla y suplicó al Duque que le concediera esa gracia. Por fin, esa misma tarde salían con rumbo a París, y más tarde a Cherbourg, en donde tenía que desembarcar el *Majestic*, procedente de Nueva York. La mañana estaba luminosa y el cielo de un azul pálido que invitaba a hacerse a la mar, y cuando el vaporcito de la Compañía llegaba al muelle se encontraban allí el Duque y *Ráfaga*, que más que un torero, parecía un rajá indio por su elegancia y su tez bronceada. Fernanda se destacó de entre la multitud y ya, desde lejos, saludaba a su padre, y éste, erguido y muy conmovido, saludaba con el pañuelo. *Ráfaga* la miraba y no se atrevía a articular palabra. Esa misma noche salían de nuevo para París, y allí permanecieron después de tantos años, de nuevo, donde

muriera la condesa María y ella desapareciera para casarse. *Ráfaga* decía a cada paso: "Esto es vivir. ¡Qué lujo, qué *comfort!* Y pensar que si no viene la señorita Fernanda no hubiese conocido eso, le indignaba. Fernanda volvía aun joven y muy guapa. Contaba veinticinco años y se había conservado joven y fresca. Sobre todo, era una señora, y eso era lo que más emotividad le daba a *Ráfaga*. Si él se casara con ella, ¡qué felices iban a ser! Pero, ¿cómo declararse? Y el Duque, ¿qué diría? El no quería faltarle de ningún modo al respeto, y quizá eso fuera mucho para él. Vinieron días deliciosos para el torero, que, enamorado, se recreaba en acompañarla a todas partes, y el Duque empezó a ver claro el asunto, y sintió temores; pero ¿cómo desconfiar de *Ráfaga* y, sobre todo, de su hija?

París estaba lo mismo para Fernanda y no había encontrado nada diferente; parecíale un sueño todo, su casamiento en América y su estancia de catorce años por el extranjero. Aunque en Nueva York se vive muy de prisa, eran muchos catorce años para que pasasen desapercibidos, y muchísimo menos como un sueño; pero así le parecía un sueño en el que había conocido el mal pago de un hombre en quien ella fió su alma entera, y nunca la amó ni la supo comprender. Después, sus años en Nueva York fueron amargos, pero no crueles, y pudo resistirlos fácilmente. Lo que ella creía inaudito era encon-

trarse de nuevo en su casa, en su palacio de París, al lado de su padre. Fernanda amanecía haciéndose esas reflexiones y pensando en si todas aquellas atenciones y solicitudes de *Ráfaga* no serían signos de amor, y más tarde se convirtieran en su dolor. Y su padre, ¿qué diría de eso? Ella no quería darle un disgusto más mientras viviera. Por su culpa no iba a volver a poner en ridículo a su padre, y menos con un amigo de esa naturaleza, que veía en el Duque, más que al amigo, a un padre, y que estaban ligados desde hacía tantos años. *Ráfaga* se decidió y un día habló con el Duque de esta manera:

—Si yo te confesara que estoy enamorado de tu hija, ¿me perdonarías?

Y el Duque, mirándole fijamente a los ojos, le contestó:

—Si es para hacerla feliz y cuidarla a mi muerte como si yo fuera, tómala, y que Dios os bendiga

—¡Qué bueno eres! —interrumpió *Ráfaga*, haciendo ademán de besarle en las manos—. ¡Qué bueno eres! Voy corriendo a decírselo a la señorita Fernanda, si tú me permites.

—Sí, pero no le digas que me has dicho nada.

Esa misma noche, después de la cena, le decía a Fernanda:

—Si usted me permite, si usted me promete que no se va a molestar, le diré algo que nos interesa hondamente y que no puedo seguir sin

confesarlo. Fernanda, la quiero; la quiero con toda mi alma y deseo casarme con usted. ¿Qué? ¿Le parece una broma? Sí, lo comprendo; pero no se vaya usted a reír de mi amor, no se vaya usted a reír de mí; si no puede ser, dígamelo para que me marche de aquí en seguida y no vuelva más a molestarla. Si no puede ser, dígamelo pronto.

Fernanda miraba al torero absorta y confusa. No sabía qué contestar. ¿Qué pensaría su padre?

—Yo le ruego, *Ráfaga*, que se calme; ya tendremos tiempo de hablar de esto. Me coge de improviso. Ya veremos. Tengo que pensarlo, tengo que hablar con mi padre.

—No, Fernanda, no hace falta; ya le he hablado yo.

—¡Cómo! ¿Pero papá ya sabe esto?

—No, digo, sí... Escúcheme, Fernanda; se lo ruego. El Duque para mí es como un padre, y se lo he contado todo.

—¿Sí? ¿Y qué ha dicho? Entonces, ¿qué quiere usted de mí?

—¿Qué? ¿Qué quiero de usted? Pues casi nada: su cariño. ¿Le parece a usted poco su cariño?

Fernanda se retiró precipitadamente pidiendo excusas, y sin responder palabra. Ella también le quería. Desde que le vió y soñó, pensó también en si ese hombre la pudiera hacer feliz.

Antes de un mes emprendían el viaje de luna de miel a España, a su Sevilla, y el Duque perdía de nuevo a su hija, a su hija querida. Únicamente que ahora era para encontrar la dicha que el otro no le supo dar, y perdía también algunas de sus propiedades por embargos y líos, y quedábase solo y triste en su caserón parisino hasta que *Ráfaga* le mandó llamar a Sevilla, y el Duque liquidó sus bienes y se radicaba definitivamente en España con sus hijos queridos.

Ese invierno se hablaba mucho de si volvía *Ráfaga* a los toros, y muchas cartas recibió de toda España preguntándole su decisión. A *Ráfaga* le molestaba hasta el oír hablar de sus faenas, y muchísimo más que le dijeran esas cosas cuando tan contento se sentía al lado de su mujercita, y con lo buena que era ella.

Así pasaron algunos meses, y, por fin, *Ráfaga* sintió de nuevo el deseo de volver por sus antiguos lauros, y una noche le confesó su deseo a Fernanda, y ella, la pobre, le dijo:

—Lo que tú quieras.

Estaba acostumbrada a sufrir. ¡Qué no haría ella por no contrariarle! Claro está que sufriría lo indecible, pero no conseguiría nada imponiéndosele, sino graves desavenencias; y una ruptura en las circunstancias en que estaba su padre sería una carga, y eso no, antes volvería a su destierro de América; pero entonces, ¿para qué se había unido a ese hombre y para qué le había

creído sus palabras y dejado a su padre, a su anciano padre, que ya contaba los sesenta y cinco años? Fué una noche horrorosa de pesares y angustias, y a los pocos días escrituraba *Ráfaga* su vuelta a los cosos, y encargábase a Madrid tres ternos de los mejores para hacer su reaparición por esas plazas de Dios.

El Duque supo la noticia a última hora, y grande fué su contrariedad y su pesar; pero ¿qué podía hacer él para evitarlo, si su hija consentía?

Ráfaga estaba nervioso, y esperaba noticias de su antiguo apoderado y de Madrid; en Sevilla se extendió muy pronto la noticia, y por la noche ya tenía una muchedumbre a las puertas de su casa para que confirmara la noticia y que les prometiera que debutaría en Sevilla.

Fernanda sentía que se ahogaba de pena y de dolor; el Duque no sabía qué decirle, porque tenía confianza en que saldría bien: era tan buen torero y tenía tanta suerte.

La primera corrida que toreó fué un éxito, y siguió su curso triunfal hasta aquella tarde en que salió a torear con *Morenito* y le hizo pasar un mal rato, pues si él toreaba bien, el otro lo hacía mejor, y *Morenito* tenía un cartel formidable, y él se había metido en un trote que era mucho trote para él, pues no estaba en el caso de dejarse coger, y el público había cambiado mucho desde su retirada y quería cosas nuevas,

y había en esos momentos más de siete diestros que se disputaban entre ellos el primer lugar, y *Ráfaga* había pasado a ser uno de tantos. ¿Había hecho mal en volver a los toros? ¿Sería su castigo por lo que sufría Fernanda? Se encontraba en Zaragoza solo y triste, y al día siguiente tenía que entenderse con algunas de las más salientes figuras de la época. Dijo a su mozo de espadas su congoja, y éste le tranquilizó, diciéndole que si esa temporada no venían bien las cosas, se retiraba y en paz; pero ¿cómo se iba a retirar sin haber vencido y su nombre no quedara aparte como siempre? Ya que no podía ser el primero, siquiera un caso como el de Belmonte, y eso era muy difícil. Salió aquella tarde a torear casi enfermo de tantas preocupaciones, y quedó muy bien, por cierto, mejor que sus compañeros, y sintió de nuevo el placer de salir en hombros y por la puerta grande. Volvió a Sevilla al día siguiente, en automóvil, y encontró a su Fernanda muy triste y desmejorada, y sintió un remordimiento interior muy grande de pensar que por él sufría esa mujer tan buena y quizá él fuese la causa de una desgracia y después sería tarde para poderlo arreglar. Pero ¿y el ridículo? No sabía qué hacer, y siguió la temporada su curso sin grandes acontecimientos, hasta que una tarde en Valencia le cogía un toro de gravedad y lo ponía a orillas de la muerte; sus únicas palabras eran para Fernanda, que

aun no sabía nada y pidió a todos no le dijeran nada. Así pasó algunos días entre la vida y la muerte, y por fin entró en franca mejoría, y vemos en su cabecera como una mártir a Fernanda llena de inquietudes y pálida como una muerta.

Ráfaga la miraba y levantaba los hombros en ademán de desprecio. ¿Ya no la quería? Como la cornada había sido en el muslo, andaba apoyado de un bastón. El apoderado le decía:

—Hay que darle más importancia al percance, y me parece que vas a salir demasiado pronto; no te puedes figurar cómo está la afición; nunca has tenido más partidarios; ya lo has podido comprobar por los cientos de telegramas que hemos recibido de toda España preguntando por tu salud.

No habían pasado quince días cuando volvían a Sevilla, esta vez sin el Duque, que se encontraba delicadísimo de salud y se temía mucho por su vida. *Ráfaga* tenía que torear el próximo domingo en Madrid y quería triunfar, triunfar de nuevo. Llegó el día de la corrida y salió con el terno de la cogida de Valencia, color heliotropo y alamares negros; era el terno de la suerte, aunque en aquella ocasión hubiese fallado. Toreó a su primero con mucha habilidad y soltura por verónicas, alternó en quites con *Morenito* y clavó cuatro formidables pares de banderillas; el público aplaudía enajenado de emoción. ¡Qué hubiera dado él por que el Duque y su Fernanda

hubiesen visto esa corrida! Llegó a la presidencia, y en el momento de brindar advirtió que en un tendido estaba Pilar, Pilar, a la que había querido más que a nadie en el mundo, y ciego de cólera terminó pronto el brindis reglamentario y se fué a la fiera, y con el estoque señaló a *Cantares*, su peón de confianza, que le llevara el toro enfrente del mismo tendido donde se encontraba ella, e inició su faena con un pase de la muerte, y cambiándose rápidamente la muleta toreó por naturales y ligó hasta siete sin enmendarse, en un palmo de terreno; ese toro era el más bravo y noble que le había salido en su vida; siguió toreando por pases ayudados, y después vino lo grandioso, el dominio perfecto del bruto, pases de tirón, y volviéndose hacia ella la miraba, escapándose algunas maledicencias por entre los labios. El público aplaudió frenético, y él se hartaba de torear y de hacer desplantes; de pronto uno le gritó: "¡Al toro y déjate de tonterías!" Y entonces, volviéndose de nuevo al toro, se acercó tanto que se confundían el noble animal y el torero, y de rodillas le dió algunos muletazos por alto; pero en el último sufrió una voltereta y el pánico cundió en la plaza, que se desvaneció rápidamente, porque al levantarse, erguido y más encorajinado que nunca y los ojos fuera de las órbitas, toreó por naturales y de pecho, estos últimos escalofriantes, y con la camisa rota y el chaleco hecho tiras miraba a Pilar

como diciendo: "Este soy yo; mírame bien; mira lo que has perdido, el mejor torero de España, el más valiente." Porque estuvo inconmensurable; la plaza se cubría de sombreros y la música tocaba en su honor. El comprendió que había llegado la hora de matar, y como los buenos se tiró y citando al noble *Pitillo*, que así se llamaba el toro, a recibir, esperó que se arrancara y consumó la suerte como los buenos, como los mejores, rodando en el mismo instante a sus pies el bravísimo *Pitillo*, que había obsequiado a la afición madrileña con la mejor faena de la temporada y a él con una de las mejores de su vida.

Esa faena le valió torear cinco temporadas seguidas en Madrid, aunque no volviera a estar en ella nunca como aquel día, pues no tan sólo fué en su primero, sino que en su otro toro estuvo maestro y dominador como nunca. ¿Sería todo eso por Pilar? La corrida terminaba aquella tarde muy temprano, y después de la salida en hombros y llevarlo hasta su coche, al de su cuadrilla, pues era de los toreros que le gustaba ir a la plaza con su cuadrilla, volver también con ella alegre y sonriente, como había venido. Casi le rompen el coche, y si no es por la guardia de Seguridad, que tuvo que dar una carga, hubiese ocurrido algo desagradable del enorme entusiasmo que provocara su faena, la inolvidable faena de su primer toro; ésa no la podrían olvidar los aficionados nunca, era de las que no se pueden

olvidar. Esa misma noche, en el hotel, tenía la contrariedad de encontrarse cara a cara con Pilar, que había ido a buscarlo y quería hablar con él; fué corta y locuaz la visita; ella volvía de nuevo a sentirse atraída por el artista y, al fin mujer, no se lo pudo ocultar, y él, enamorado que estaba aún de aquella mujer, sucedió lo que tenía que suceder; largos días sin escribir siquiera a los suyos y entregarse de nuevo a aquella mujer, que había sido su ruina y su desgracia, pero a quien quería todavía por encima de todo y de todos.

Pilar estaba viviendo con una hermana suya, que era tonadillera de relleno, y vivía de lo que le daba y se conformaba con esa existencia; pero cuando lo vió de nuevo triunfante y pensó que ella era su amante, no se podía perdonar si no hubiese vuelto aquella misma noche a su lado. Así terminó aquella temporada, y entre las lágrimas de la pobrecita Fernanda y las caricias de Pilar se deslizó ese invierno cumpliendo como podía, y hacía un esfuerzo inaudito para cumplir con su amigo y padre, con el Duque, que no se fuera a enterar de su traición, de la traición que le había hecho a su hija, a su desdichada Fernanda. Vino un día de luto para todos; el Duque, el buenísimo Duque, murió, pidiéndole a *Ráfaga* que jamás abandonara a su hija y que pronto se retirara de los toros y vivieran a gusto y disfrutaran del dinero que él había sabido

ganar jugándose la vida. El pobre Raimundo se marchó a Francia, y al despedirse de la señorita le dijo:

—Allá en Francia, en París, sepa la señorita que vive un hombre que ha querido mucho al señor Duque, y si alguna vez, que Dios quiera no lo sea, se le ofrezca algo, no tiene más que mandarme, que lo poco que he sido y tengo lo debo al señor Duque, que en gloria esté.

Ráfaga tenía que acabar con aquella mujer y seguir su vida con Fernanda, que era la buena y la que le quería de veras; en cambio, Pilar la veíamos derrochando dinero y paseándose en Rolls Royce por Madrid en compañía de su hermana y algunos galanteadores *niños fruta*, que las llevaban y las traían del Palace al Ritz. Hasta en la casa del *Barbas*, después de una noche de excesos, *Ráfaga* se encontró con Pilar del brazo de un flamenco y acompañada de varios *niños* de esa calaña, todos en perfecto estado de alegría y embriaguez; se acercó a ella, la tomó por un brazo y la estrujó fuertemente. Uno de la pandilla intervino, y le dió tan fuerte empujón, que cayó el infeliz de bruces sin articular palabra; la sacó violentamente de allí y la condujo a su casa; aquello tenía que terminar y terminaría; pero ¡le gustaba tanto aquella mujer! ¿Qué haría para quitársela de la mente y olvidarse de ella como de un mal bicho y dar por terminado aquel amor que no le había proporcionado más

que sinsabores? La dejó algunos billetes grandes y se marchó a Sevilla a ver a sus tías y a su Fernanda, a quien llevaba unos pendientes de brillantes que le había comprado para aliviarle un poco la pena. Le recibieron las tías, la tía Paca y la tía Ricarda, que nunca le habían vuelto a sermonear desde su niñez; pero en aquella ocasión lo creyeron prudente; era por su bien e iba por muy mal camino. ¿Cómo iban a dejar sufrir así a su niña, como la decían a Fernanda? La tía Paca le dijo:

—Diego, hijo mío, tienes que prometerme que esto va a cambiar; ésta no es vida para la pobre niña, no es vida, ni ella puede seguir sufriendo por causa de esa mala mujer.

Ráfaga se quedó inmóvil, y seriamente repuso:

—Déjese usted ahora de sermones y dígame cómo han estado. Dónde está Fernanda, que aquí le traigo unos pendientes de algunos miles de reales para que se los ponga el domingo por la noche, que toreo aquí en Sevilla, y quiero que nos venga a cantar un amigo mío que llegará de Madrid uno de estos días.

La tía Ricarda ya no se atrevió a decirle más; cómicamente dijo:

—¡Todo sea por Dios! Diego, tú siempre con tus zalamerías haces lo que quieres de una, que ya es vieja, tonta, y de contra, ignorante.

Fernanda estaba esperando en la alcoba la lle-

gada, acabando de arreglar los últimos detalles para que no le faltara nada a su marido, el que tanto la despreciaba y tan mal se portaba con ella. *Ráfaga* entró y le dijo:

—Fernanda, aquí te traigo estos pendientes. ¿Qué, te gustan? Ahora dame un beso y no vayas a largarme otro sermón como el de la tía Paca, que quiero cenar a gusto esta noche aquí con vosotras —y mirando a sus tías, que le habían seguido hasta la habitación—, con mis viejecitas santas y contigo, Fernanda, que eres al fin y al cabo mi mujer y la única que tiene mi corazón y quiero de veras.

Llegó el domingo, y *Ráfaga* toreó y triunfó en su suelo natal delante de todos aquellos que no le podían ver, delante de los partidarios de *Morenito* y de los otros, y los suyos esa tarde gritaron muy fuerte por todas partes el triunfo del de su barrio, del barrio más sevillano, del de la Macarena. Aquella noche hubo juerga, y Fernanda lució sus brillantes y estuvo en la fiesta por complacer a Diego, pero no porque a ella le gustara eso y muchísimo menos tuviese ganas de divertirse; estaba más triste que nunca, y cuando todo el mundo se hubo retirado, le dijo:

—Diego, tengo que hablarte; pero va a ser para ordenarte una cosa, fíjate bien, a ordenarte; aunque no soy quién para decírtelo y nunca te he dicho nada ni te he hablado en esta forma, te digo: mañana, que vuelves a Madrid para ver

a esa mujer, eliges entre ella y yo, pues esto no puede continuar así.

Diego se quedó lívido al oír aquellas palabras, que jamás había pronunciado Fernanda, y en ese tono; no supo qué decirle y quedó absorto y la mirada fija un momento, al cabo del cual le contestó:

—No seas tonta, mujer, y piensa que tú no te vas a comparar con esa mujer, que no es nada para mí, sino un entretenimiento vulgar que por cierto ya me está cansando y me cuesta un ojo del rostro; no seas tonta, mujer, y confía en mí, que pronto se va a acabar todo esto y viviremos felices como antes, y me quitaré de todo esto para que vivamos a gusto consagrados a nuestras viejitas, que ya poco tiempo les queda de estar entre nosotros y han sido tan buenas para mí, que nunca podría pagarles lo que han hecho por mí desde chiquitico.

Fernanda no le repuso palabra y se echó a llorar sobre el hombro de Diego, balbuceando palabras incoherentes e incomprensibles. Volvió a Madrid, y encontrábase de nuevo en la vida de lujo y derrochando la que a su costa se divertía con todo aquel que quisiese divertirse con ella. *Ráfaga* le dijo:

—Me estoy cansando ya de todo esto y vas a tomar otro camino o no va a poder ser; tu hermana es artista, como yo, y no puede eludir de muchos compromisos; pero tú no tienes por qué

asistir a tanta fiesta ni tanto baile, y hablando de bailes, no quiero ir esta noche a ningún sitio, que mañana tengo que salir muy temprano para Bilbao a torear las de feria y no quiero ajetrear-me mucho.

¿Cómo no asistir ella a los bailes de la Zarzuela, a los castizos bailes de la Zarzuela? Imposible; allí tenía citados a todos sus amigos para las dos de la mañana, pues tenía un palco para ir al teatro, y ¿cómo iba a quedarse encerrada con *Ráfaga*? Era demasiada lata y no tenía ella ganas de guasa. Con lo bien que lo iba a pasar, imposible. *Ráfaga* tuvo un fuerte disgusto, y por fin todo se vino abajo y quedó muy enfurruñada al lado de Diego, que se encerró en su cuarto y no quiso saber más de esa maldita mujer, que no le quería y era la causa de sus disgustos con Fernanda. Marchó a Bilbao, y desde allí le mandó una carta diciéndola que fuese inmediatamente a ésa y se despidiera de Madrid y de sus amigotes, porque allí había tomado un pisito para ellos y si quería seguir viviendo con él tenía que sujetarse a sus órdenes. Pilar consultó con su hermana, y, claro, ¿qué le iba a decir?

—Vete, mujer, no vayas todo a echarlo a rodar por una estupidez; vete, no seas tonta.

Esa misma noche contestaba Pilar a Diego que iría, que empezaba a arreglar su viaje y que iría en seguida.

Tocaba a su fin la temporada ; quizá había sido en la que más corridas toreara, pues pasaban de las cien y aun le quedaban algunas por cumplir, entre ellas las ferias de San Miguel de Sevilla, a las que pensaba llevar a Pilar para tenerla más cerca y cuidarla mejor ; pasaron unos días, y después de instalar su nido de amor en un pisito muy coquetón, salieron para Sevilla. *Ráfaga* guiando el coche, e hicieron escala en Madrid ; pero no quiso que avisaran a nadie, y al día siguiente emprendían el viaje para Andalucía. La feria se presentaba más animada que otros años, y *Ráfaga* sentía un gran placer en haber llevado a Pilar a esas fiestas, porque tenía la seguridad que iba a ser como otras veces y de nuevo iba a encender el deseo en aquella mujer, ya que no podía ser otra cosa. La primera corrida fué monótona y desigual ; pero la segunda, la segunda fué la buena, la definitiva para consagrar a cualquiera y para convertir en ídolo al que no lo fuera. Le salió su segundo toro y lo cambió de rodillas, y luego lo toreó por verónicas, nunca tan estirado y mandando con más arte ; luego se echó el capote a la espalda y toreó de frente por detrás y hasta seis veces, ofreciendo el pecho erguido a un buen mozo de Veragua muy astifino y de mucho poder ; hizo quites rematando con largas cordobesas, y el público, enardecido, comenzaba a aullar de emoción ante aquel portento de belleza y de arte ;

luego, en los medios, clavó hasta cinco pares, entrando todas las veces paso a paso y dejándose ver mucho del toro, que era tan noble como *Pitillo* el de Madrid, y no hubiera él esperado otro toro como aquél que le permitiera rehacerse de nuevo y vencer como siempre, como el mejor, como el primero. Los cinco pares cabían en una sortija y conservábanse clavados en todo lo alto del morrillo, sin faltar uno solo. Cogió la muleta y se fué al toro; le dió pases de todas las marcas y estilos, tan cerca, que tenía empapada la camisa de la sangre del burel, y, dirigiéndose adonde estaba Pilar, la gritó en voz alta:

—Fíjate, Pilar: así se torea.

El público, que ya había reparado en la gachí, que iba con negra mantilla y regio mantón en el brazo, comenzó a meterse con ella y piropearla. ¡Es que la cosa lo merecía! Estaba aquella tarde Pilar imponente. ¡Qué cara más sevillana y más morena tenía aquella gachí! En sus pestañas rizadas, negrísimas, se hubiera posado un cigarrillo y no se hubiera caído, no, no se hubiera caído. Se tiró a matar enfrente de ella, y el éxito coronó su faena, la faena cumbre de su vida.

De los tendidos caían toda clase de prendas de vestir, incluso mantones de Manila y cordobeses, ramos de flores y cigarros puros a granel; las ovaciones eran ensordecedoras, y dió vueltas al ruedo al compás de españolísimo y torero pa-

sodoble, en medio de gritos de entusiasmo proclamándolo el único, el primero, y tuvo que salir a los medios después de habérsele dado la vuelta al ruedo al bravo animal, que había contribuído a ese espectáculo tan completo y magnífico desde su presencia en la arena. Sus compañeros, emocionados, le felicitaron, y él no veía a nadie; sólo miraba a Pilar, que se sentía orgullosa de su persona y de su torero.

Todavía le quedaban muchas amarguras que sufrir a la pobre Fernanda, que, una vez terminada la corrida, *Ráfaga* se vistió, y, so pretexto de que tenía que cumplir con unos amigos, la dejó sola y llorando, como siempre, para ir a festejar su triunfo, su más grande triunfo, con la otra, con Pilar; estaba hospedada en el Hotel Inglés, y esperábanlo también allí algunos amigos y su apoderado, que iba seguido del picador llamado *Fenómeno* y su peón de confianza, *Cantares*, a felicitar a su maestro.

Llegó *Ráfaga* en su gran Hispano, tipo *sport*, con elegante traje marrón, botonadura de brillantes, que relucían más que si fueran estrellas, y, sobre todo, los del cuello, que, como casi quedaban juntos, hacían el efecto de una sola piedra en lugar de corbata. Llegaba solo, y por cierto muy perfumado, como las cocotas, a quienes se les están permitidas todas estas extravagancias y excentricidades.

Después de abrir muchas cajas de vino y cor-

tar él mismo mucho jamón serrano de una piedad que le había traído un aficionado, salieron casi con medio tablón, y se fueron a cenar a la Venta de Eritaña. Fueron casi todos los que habían estado en el hotel, menos el apoderado, el *Fenómeno* y *Cantares*, que se fueron y dejaron a *Ráfaga* con tres señoritas amigas suyas de la flor y nata de la aristocracia de Sevilla, que tenían a Diego por su dios y señor, y Pilar, más dos chicas de vida fácil que se habían hecho sus amigas por ser vecinas de cuarto en el hotel. El cuadro era completo, no faltaba sino cenar, cenar todos a gusto, y después correrla toda la noche.

Esa noche bebieron por todos los cafés cantantes y *cabarets*, y la aurora les sorprendió tomando café, y aquella noche se había divertido de lo lindo con los dos famosísimos bailarines Fardo y Ramírez, que los habían sacado del *kursaal* donde trabajaban y se los habían llevado de juerga. Uno de los señoritos dijo:

—Tengo un plan bestial. Seguidme.

Y cogió carretera abajo, y a Granada, a almorzar en Granada, y luego de visitar la Alhambra y hospedarse en el Washington Irving, por la tarde, a visitar las cuevas de los gitanos. ¡Qué hermoso espectáculo, qué original ver aquella gente cómo vive en el monte. *Ráfaga* tuvo un momento de lucidez y compasión para su infeliz víctima, y apartándose un momento de la re-

unión escribió un telegrama breve, pero consolador para Fernanda y lo mandó con uno de esos gitanos, que lo contemplaba extasiado de asombro y admiración, orgulloso de poder servir al celeberrimo *Ráfaga*, al mejor torero de España.

Pasaron unos días encantadores entre Granada y Córdoba, hasta que recibió un telegrama de su apoderado, donde le comunicaba que tenía contrato para Méjico por seis corridas y un beneficio. *Ráfaga* pensó en Pilar y aceptó en seguida; irían juntos a Méjico y pasarían un invierno magnífico y, además, ganaría dinero, mucho dinero, y podría regalarle a Pilar trajes de noche y grandes brillantes; daría banquetes y viviría como un gran señor, como le había enseñado su Duque.

La despedida fué breve y triste, y después de prometerles a las tres mucha prudencia y el pronto regreso, tomaba un día, al final del mes de noviembre, el tren para Madrid, y más tarde seguía su viaje a Santander, donde embarcaría con rumbo a Méjico con media cuadrilla, pues iban únicamente *Cantares*, el *Fenómeno* y su mozo de espadas. Después de dieciocho días en el *Cristóbal Colón*, de la Compañía Transatlántica, llegaban a Veracruz y se ponían esa misma noche en camino a Méjico, donde habían de torear. Pilar venía encantada, y todo el viaje había hecho las delicias del pasaje, y desde el capitán hasta el último marinero la habían admirado.

Ya en Méjico le esperaba la afición impaciente, y esa misma noche tuvo que salir a la terraza de su villa, en la Colonia Roma, a saludar a una multitud que le aclamaba. Pilar se sentía contenta, muy contenta de su primer viaje, y tenía grandes deseos de visitar aquella república, de donde se contaban tan atroces barbaries y revoluciones; ella preguntaba a cada momento dónde estaban esos revolucionarios que ella no veía y dónde se cometían esas atrocidades. Méjico era una ciudad europea y se podía encontrar en ella todo, lo mismo que en cualquiera de esas grandes capitales extranjeras. *Ráfaga* toreaba su primera corrida triunfalmente y cortaba las orejas y rabos de sus toros, siendo llevado en hombros hasta su casa, y más tarde, después de darle *Lentejuela*, su mozo de espadas, una fricción y reposado un momento, daba allí mismo, en la villa, un *lunch-champagne* a todos los amigos y aficionados que habían ido a felicitarle. Allí le tenemos sentado en medio de todos, en un cuartito pequeño lleno de humo y oliendo a vino y a manzanilla, porque se destaparon muchas botellas de Champagne, Agustín Blázquez y Solera del 48.

Cuando se hubieron marchado todos, les esperaba la cena, la cena para los íntimos, llena de cordialidad y exquisitez, y cenaban en la mesa de *Ráfaga* el ministro de Fomento, un general y varios diputados; decididamente había triun-

fado, y, aunque era español, le querían mucho en esa tierra, por la que *Ráfaga* sentía gratitud y la consideraba como su segunda patria. Pilar esa noche estrenaba un lindo traje dorado y lucía rica *rivière* de brillantes; esa noche irían al Régis y al Chapultepec a bailar; allí pasarían la noche alegremente, y por la mañana irían a desayunar a Zochimilco.

Había que ver la comitiva paseando en *chalu-pa* por el canal. Volvieron para la hora de almorzar. En el hotel esperaba a *Ráfaga* un telegrama, y más tarde llegaba su apoderado en Méjico, Margeli, para confirmarle la noticia. Toreaba en Puebla el jueves y había que hacer los preparativos, porque era una corrida de cuidado, y con *Morenito*, que también ese año había ido a Méjico contratado y cobrando casi lo mismo que *Ráfaga*. Pilar se quedó en Méjico, y *Ráfaga* toreó en Puebla y quedó bien, sin hacer grandes cosas, pero quedó bien, y firmó otra corrida para fecha no lejana; la cosa no iba mal. Llegando a Méjico le esperaba otra corrida que había firmado Margeli para Guadalajara y otras dos para Tampico.

Pilar derrochaba cada día más, y cuanto ganaba el infeliz *Ráfaga* se lo ofrecía para que satisficiera sus gustos, cada día más caros y exigentes; pero eso no era todo, le faltaba aun soportar más: soportar el ridículo, porque aquella mujer flirteaba y paseaba descaradamente

con los admiradores de *Ráfaga*, y hasta se contó alguno que otro devaneo con alguno. ¡Pobre hombre! Sufría, no cabe duda que sufría. Así se lo dijo un día a *Cantares* tomando café en el Globo:

—Esta mujer me va a costar la vida, y no lo puedo remediar.

Llegó el domingo, y salió a torear en muy malas condiciones, porque para olvidar se había metido de juerga la noche anterior en una casa de mala nota, llamada de Marina, hasta el amanecer, que llegaba a su casa y tomaba un baño para acostarse después y esperar el momento de vestirse para ir a la plaza.

Aquella tarde quedó inconmensurable; toreó más artista que nunca, y de no ser por aquella pesadilla que le atormentaba, hubiera sido feliz. Aquella noche salía precipitadamente para Tampico, y dejaba a Pilar entregada en sus extravíos y ocios. *Ráfaga* comenzaba a acordarse de Fernanda, de su pobre Fernanda, y a sentir odio, repugnancia, por Pilar, y, ni corto ni perezoso, se fué al cable y le escribía: “Iré pronto, para no separarnos más. Confía en mí.”

Aquella tarde toreaba, y no bien había terminado la corrida, tomaba el tren de vuelta para Méjico. Se presentaba la temporada encantadora. A no ser por los gastos excesivos, hubiera sido la mejor y más fructífera de sus viajes a Méjico; pero Pilar era mucha Pilar, y le costaba

mucho dinero y amarguras para su Fernanda, su pobre mujercita amada.

Recorrían la capital mejicana y asistían a todas las fiestas que había en muchas casas aristocráticas con motivo de las posadas y rompían la piñata. Llegó Nochebuena, y esa noche recordó a Fernanda, por ser día dedicado a la familia, y recordó que en años pasados, en la tan tradicional Misa del Gallo que pasara en Sevilla, cuando estaba tan lejos de aquellos agasajos, estaba con su Fernanda tan tranquilo en su casita de Sevilla.

Un día se le veía con el presidente, otro con el ministro, embelesado con su supremo arte, a quienes explicaba las suertes del toreo y les contaba de cómo se había hecho torero, cuando mozo, por esas tierras de Andalucía. Todas las mañanas salían *Ráfaga*, *Cantares* y el *Fenómeno* a dar un paseo por el frondoso bosque de Chapultepec, ese sin igual bosque que tanto le gustaba y le recordaba al Bois de Boulogne cuando lo visitara en compañía de Fernanda, enamorado y contento. ¡Cómo le recordaba este bosque a aquel otro tan lejano! ¡Tan lejano como él de su Fernanda y de su pasión!

Toreaba *Ráfaga* sus últimas corridas del contrato y preparaba su beneficio, quedando en cada corrida mejor y cada vez mejor. Había que haberlo visto en su última cómo había toreado aquel toro llamado *Bienvenido*, en que derrochó

arte y valentía por arrobas, dándole pases de pecho ceñidísimos y naturales escalofriantes, que le valieron la ovación unánime, y después aquellos cuatro pares de banderillas tan magistrales, que acabaron de volver loco al público de entusiasmo y que sólo aquellos cuatro pares hubieran valido toda la corrida: mejor puestas y con más arrogancia, nadie; había que ver la preparación que hacía *Ráfaga* para colocarlas y la majestad con que las ponía, acercándose paso a paso y alegrando al toro con las banderillas y colocándole con las mismas adonde quería, como si lo llevase hipnotizado.

Aquella noche hubo la reunión de costumbre en su casa, y esa noche se volvieron a reunir los más prestigiosos políticos de la época. Pilar parecía estar muy satisfecha de la aureola de que disfrutaba su hombre. Aquella noche estaba preparada para una gran cena en San Angel Inn, y después de ataviarse de sus más ricas joyas, que ya sumaban un capital, le dijo a *Ráfaga*:

—Anda, vámonos, que tus amigos se impacientan.

Ráfaga iba de frac y se cubría con hermosa capa de color negro y con broches antiguos en el cuello; parecía un artista de teatro más que un torero.

Llegó la última corrida de la temporada antes del beneficio, y había cierta hostilidad de parte del público, injustificada; se notaba a cualquier

ademán que hiciese el torero aquella tarde para hacer cualquier cosa, que, furioso, tiró el capote y se cruzó de brazos diciendo:

—Cuando me dejen torear lo haré.

Arreciando la bronca de tal forma, que se promovió un escándalo formidable, y tuvo que intervenir la policía, deteniendo y multando a varios espectadores que arrojaron botellas y almohadillas al ruedo. Desde ese momento ya no supo acertar *Ráfaga*, y se deslizó la corrida en medio de pitos y protestas y hasta hubo quien le quisiese quemar el coche y pegarle a la salida. De no haber sido por la gendarmería, lo hubiera pasado muy mal. ¿Sería la Justicia Divina, que le hacía pagar algo de lo mucho que hacía sufrir a Fernanda? Pues se presentaba bien el beneficio. ¡Cualquiera quedaba mal!

Esa semana marchó a Atenco para entrenarse y crear facultades; volvía el sábado por la noche, y después de saludar a Pilar pidió la cena y comenzó a pasearse de un lado a otro del salón, nerviosamente, muy nerviosamente, balbuceando:

—Mañana me ponen cara a cara con la muerte. ¡Quién sabe cómo saldré!

No había querido ni ver los toros, que, aunque era su costumbre, aquella corrida le hacía pensar en negras desdichas. Si lo mataba un toro en Méjico, ¿qué sería de su Fernanda?

Aquella noche se la pasó encendiendo pitillos

y bebiendo coñac, solo, completamente solo, y sin más amigo ni confidente que él mismo. Por la mañana se quedó dormido y, de no haber sido por *Lentejuela*, hubiera seguido durmiendo toda la tarde; se levantó rápidamente, tomó un baño y comenzó a vestirse sin proferir palabra; no cabía duda que aquella tarde iba a hacer algo, algo grande y digno de su despedida de Méjico, quedando a la altura de su fama. Quizá no volviera a aquella tierra bendita en que había que quedar bien sobre todo y sobre todas las cosas, aun a costa de su misma vida.

La plaza de toros El Toreo ofrecía un aspecto imponente, y se veía en una barrera al presidente de la República, acompañado del gobernador y varios generales. Al sonar las tres en punto de la tarde, se abrían las puertas de cuadrillas y veíase obligado a hacer paseo, montera en mano, de la calurosa ovación que le tributaban sus partidarios, su público. Salió su primero, y lo toreó por verónicas magistralmente, y luego cogió los palos y clavó tres pares inmensos, formidables, haciendo rugir a aquella masa de treinta mil espectadores, que no cabía un solo alfiler en los tendidos.

Morenito estaba furioso, se le veía; esperaba su toro para la revancha, pero aun le faltaba su faena de muleta; aquel toro no estaba muy boyante para hacer faenas, pero él sacaría el mayor partido posible de aquel animal. Brillaba su

terno rojo y gualda maravillosamente, e inició su faena de rodillas, y luego se fué al estribo y allí le llevaba el toro *Cantares*, y, sentado, le dió hasta tres pases para luego levantarse y muy estirado y quieto le toreaba por naturales y de pecho, ligando cada pase con una soltura y elegancia que nadie más que él lo podía hacer; dió por terminada su faena de una gran estocada y descabelló al primer envite, viéndose obligado a dar la vuelta al ruedo con su cuadrilla para devolver la lluvia de prendas que le arrojaban a su paso.

Sonaron tambores y cornetas, y saltó en la arena el segundo, llamado *Bailarín*, y *Morenito* se fué a él rabioso, como si fuera todavía un novillero, y acercándose mucho le dió hasta seis verónicas, clavados los pies y mandando con una pasmosa habilidad, recordando a Juan por la manera de deshacerse del bruto, recoger y volver a mandar. *Morenito* también banderilleaba, y se entabló la competencia entre los aficionados, que gritaban:

—¡Este, sin tanta filigrana, es más verdad y hay más valor!

Citando al del Duque contra las tablas, le clavó el primer par completamente encerrado, y saliendo milagrosamente de la suerte, pidiendo otro, y, citando aun más cerca, clavó el segundo de la misma manera que el otro, escuchando nutrida ovación, y, sin hacer caso siquiera, clavó

el tercero, todavía más escalofriante, contra las tablas y saliendo por pies andando por el estribo, que, de no haberlo hecho, la cornada hubiera sido inevitable. El público premió aquel enorme valor con una de esas grandes e interminables aclamaciones, obligándole a salir a los medios.

Morenito era hombre poco impresionable, y saludó, aunque muy cumplidamente, con un aire de majeza y un desplante que más bien era una ofensa; derechísimo y seguro de sus movimientos, saludaba con los pies juntos, inclinando la cabeza, como si la quisiera enterrar entre sus relucientes hombros de oro y plata; fruncido el ceño y marchando como soldado prusiano, porque más bien así podía llamársele a su manera de andar.

Había gran expectación en la plaza, esperando lo que iba a hacer con la muleta. Inició su faena con el pase cambiado y siguió toreando por naturales y de pecho hasta hacerse con el toro, que ya con la lengua fuera era un juguete para el lidiador que, arrodillado, le acariciaba el testuz y él se limpiaba el sudor de la frente, y mirando al público, como diciendo: ¿Se puede ser más valiente? Sin estar acertado, con el estoque terminó pronto de dos estocadas y otros dos descabellos, y no bien hubo caído el burel, recibió el premio correspondiente, la oreja y el rabo, tan queridos y difíciles de lograr, aunque él aprendió a ganarlos cuando era de veras

difícil conseguirlos, pues ahora se los concedían sin ton ni son a cualquiera.

No cabe duda que había su competencia entre los dos diestros; pero *Ráfaga* era el artista, el otro era la temeridad, aunque acompañada del saber y de la inteligencia.

Salió el tercer toro y segundo de *Ráfaga*, y fué sin disputa su triunfo completo en ese toro, que desde que salió lo recibió por verónicas y lances de frente por detrás, haciendo quites inmensos, rematando con largas cordobesas y medias verónicas ceñidísimas y teniendo oportunidad de salvarle la vida al picador *Frontera*, que había caído peligrosamente en descubierto, y soltando el capote hizo un maravilloso coleo, rematando a cuerpo limpio y colocándole la montera en el testuz; había llegado el momento supremo, y cogiendo las banderillas se fué al toro, y jugueteando con él recorrió un gran trecho, y después, erguido y sereno, se acercaba paso a paso, así colocó dos y otro magistral delante de un caballo; allí estaba el toro jadeante y rabioso, y citándole, al mismo tiempo que retrocedía unos pasos hasta llegar a la barrera y recostándose, pegado el mentón en su saliente pecho, se arrancaba la montera con fiero ademán de cabeza e iba al toro rígido y valiente; la gente pedía otro par, y él accedió, preguntando a la Presidencia desde el centro del redondel, y allí, en ese mismo momento se le arrancaba el toro, y con una san-

gre fría inenarrable lo cambiaba con una elegancia y exactitud pasmosas, colocándole en el mismísimo morrillo los palitroques. La ovación era ensordecedora, y la música tocaba dianas sin descanso. Se fué al estribo, humedeciéndose la boca y limpiándose el sudor por toda la cabeza, y empuñando la espada y juntándola con la muleta, que llevaba doblada en la mano izquierda, cogió la montera y llegó hasta la barrera del presidente de la República, a quien le dedicaba, en breves y sentidas frases, el toro; desplegando su bandera, metió el estoque entre sus pliegues y se fué en busca de su adversario. El toro no acometía y sí retrocedía ante el torero, que a cada paso se aproximaba más, hasta estar a medio metro de la fiera, y dándole el primer pase ayudado para recogerlo y después pasarse la muleta a la zurda, toreaba hasta cinco ocasiones al natural; las dianas se oían y el entusiasmo era general; siguió con pases de pitón a pitón, porque el toro no entraba fácilmente, y con una rodilla en tierra, el pecho saliente y los brazos echados hacia atrás mirábase en los ojos del toro un momento. ¡Oh arte supremo del desplante sin caer en ridículo! ¡Cómo gozaba él dominando al astado! ¡Si así pudiera dominar a Pilar, qué feliz no sería! Se tiró a matar, y pasó en aquel momento por su mente el recuerdo de la imagen de su Sevilla y Fernanda unido; coronó esta faena con un volapié clásico, y recorrió

triumfalmente el ruedo, que tanto le había dado a ganar, tantas simpatías le había conquistado.

Terminó su actuación en Méjico, y salían para Laredo, rumbo a Nueva York, al que llegaban después de tocar San Antonio, Texas y San Luis Missouri, causándoles enorme impresión a *Ráfaga* y Pilar, que en su vida habían visto nada semejante a ese Broadway; era único, verdaderamente único y maravilloso. Se hospedaron en el Hotel América, y pasaron una semana inolvidable, exquisita, fantástica; era mucho Nueva York y demasiado grande la sensación que causaba para poderlo olvidar, con sus enormes y confortables teatros, cinemas y *cabarets*; aquellos restaurantes de lujo que recordaban los de París y Londres, nada más que aquí eran inmensos, grandiosos, inconmensurables. Visitaron las grandes tiendas, los Museos y el Acuarium. Un día contemplaban Nueva York desde la corona de la estatua de la Libertad; otro embarcaban y se llevaban imborrable y gratisimo recuerdo de aquel maravilloso país del anuncio. ¡Qué manera de anunciar tienen los norteamericanos! Aquel Broadway, iluminado, era el reflejo de la actividad e industria de los Estados Unidos.

Se habían embarcado en el *Berengaria*, rumbo a Cherbourg, y después de haber hecho un delicioso viaje en pleno mes de febrero, Pilar y *Ráfaga* ya habían hecho relaciones a bordo y

habían llamado la atención bailando el tango, que tanta sensación causara en París. La llegada a Cherbourg fué emotiva y muy sentimental para *Ráfaga*, que recordó a Fernanda, y pasó mal rato contemplando el mismo lugar donde hacía años fuera a esperar la llegada del *Majestic*, en compañía del viejo Duque, para recibir a Fernanda, a su pobre Fernanda.

Ese mismo día, por la noche, llegaban a París y visitaban el *Folies Bergère*, y más tarde terminaban la noche en alegre *cabaret* bailando y bebiendo champagne. Estuvieron esa ocasión seis días en la ciudad Luz, y llegaban a San Sebastián, de donde salían en auto para Bilbao.

Pilar estuvo arreglando su pisito con infinidad de cosucas que traían de Méjico y París, y *Ráfaga*, después de permanecer algunos días, tomaba el tren para Madrid, y de la corte hacia Sevilla, en su Hispano.

Jamás soñó *Ráfaga* que iba encontrarse con el cuadro que se encontró. Fernanda ya no estaba allí, se había marchado a Francia al lado de su viejo criado Raimundo, dejándole dicho con la tía Paca y la tía Ricarda que se habían equivocado los dos y que se iba para no volver nunca más al lado de la única persona que había querido de veras a su padre y la podía querer a ella, con Raimundo, con su viejo criado Raimundo.

Ráfaga se quedó anonadado y sintió una fuerte impresión, comprendiendo que era lo que se

merecía; bastante le había pasado, bastante le había hecho sufrir. Las tías le alentaron y le dijeron la probable pista de Fernanda. *Ráfaga* no contestaba, y se hacía preguntas y reproches, sin saber volver en sí de su asombro. ¿Cómo su Fernanda había podido hacerle eso? ¿No le había dicho de esperar? Pero esperar, ¿hasta cuándo? El mismo se preguntaba tristemente. Pilar le había envenenado la existencia y le causaba su ruina, su deshonor. Volvería a Bilbao, y volvería para quitar el piso; la vida había concluído para él; no quería a Pilar; esa mujer era mala, y por su causa había perdido a la buena, a la única mujer que le había querido en el mundo.

Pilar no salía tampoco de su asombro, y *Ráfaga* se limitaba a decirle:

—Tú has sido la causa de que me abandone mi Fernanda, mi mujer, porque ésa es mi mujer y no tú, que no eres nada; porque tú ya no eres nada ni nadie para mí.

Pero *Ráfaga* hablaba bajo la impresión de la ira y de la pena, pero estaba enamorado y era hombre perdido, porque Pilar le tenía entre sus garras.

La temporada se avecinaba, y *Ráfaga* no tenía ilusión para ir a la pelea, y además ya sentía el peso de los años. ¿Qué haría? ¿Se retiraría de los toros? Pero ¿cómo iba a retirarse cuando más falta le hacía el dinero? Pilar le había cos-

tado muchísimos miles de duros, y se encontraba mal de dinero, con un desfalco en su haber enorme. Salió solo a la calle, y cavilaba: Me separaré para siempre de Pilar, anunciaré mi despedida y torearé en todas las plazas de España; con esto tendré con qué vivir al lado de mi Fernanda, a quien se proponía buscar por mar y tierra, y con sus chachas en Sevilla, como les decía familiarmente a la señá Paca y a la señá Ricarda; pero pasó aquella fiebre, y Pilar venció de nuevo, venció la pasión, y *Ráfaga* se olvidaba de sus proyectos y se entregaba de lleno a una vida de disipación y vicio, terminando en pocos meses con más de medio millón de pesetas y sin haber querido torear ninguna corrida desde su llegada de Méjico.

Era el mes de mayo, y en Madrid el abono había empezado; las Empresas lo habían buscado, pero él no había querido oírlas, hasta que un día toreaba en el coso madrileño y volvía a quedar como las propias rosas; él tenía que triunfar, tenía que triunfar para volver a tener a su Fernanda y ofrecerle una vida digna de su amor y de su persona; pronto escrituraba con otras Empresas, y, a pesar de encontrarse *Ráfaga* con cerca de cuarenta años encima, era el único torero que España veía siempre con admiración y agrado; su toreo había seguido el curso de los que empezaban, y hacía los mismos lances que estrenaban a cada momento; sin hacer

el ridículo y sin afectaciones, gustaba y sabía quedar siempre bien. Se anunciaba otra vez en Madrid su nombre al lado del *Gallo* y Belmonte, y volvía a triunfar, colocándose indiscutiblemente como único competidor de Rafael.

El toreo de *Ráfaga* y el de Rafael eran muy parecidos, aunque inconfundibles; eran los toreros que más fama habían tenido en España y los que habían ganado más dinero.

Había decidido despedirse, y comunicaba su decisión a todas las Empresas de España, y ligaba su nombre al de Rafael y firmaban juntos veinticinco corridas para torearlas mano a mano. ¡Qué prodigios de arte consumaban, y enloqueciendo a los públicos y a la verdadera afición con su arte inimitable! En Madrid, en Sevilla y en Valencia quedaban victoriosos, y en Málaga le brindaban los dos un toro a Fuentes, a ese gran torero, del que *Ráfaga* era el único heredero de su elegancia y maestría.

Una tarde, en Valencia, toreaba con Rafael, que acababa de consumir una de aquellas faenas que le hicieron famoso, y *Ráfaga* le contemplaba desde el estribo, anonadado y fija su atención en la forma, *sui generis*, de torear de aquel hombre, que era una de las indiscutibles columnas principales del templo de Tauro; tenía que igualarlo siquiera, ya que superarlo no lo hubiera intentado nunca; pero eso sí, con su estilo, también único, haría pareja: la indiscutible pa-

reja de arte y gracia que jamás hubiera visto la afición, pues si es verdad que Rafael no siempre quedaba como aquella tarde, siempre se le veía algo, y la afición le veía gustosa hasta en su renombrada y tan famosa *espantá*, también *sui generis*, que no se la hubiera perdonado a ningún otro torero ni nadie la hubiera intentado, pues era en sí genial y única; él la había creado, era suya y nadie se la podía imitar.

Salió el toro de *Ráfaga*, lo recibió con lances de tanteo para fijarle los pies, y después se estiró y dibujaba hasta siete verónicas admirables. Aquella tarde clavó también estupendos pares de banderillas, y llegó el momento solemne de brindar, y fué al toro hincado de rodillas y dándole hasta tres pases en esa posición, siguiendo por naturales y de pecho hasta ligarlos materialmente y hacerse una sola figura con el toro, matándolo de una gran estocada y escuchando una estruendosa ovación al finalizar la faena, dando la vuelta al anillo y tocando la música en su honor. Seguía triunfando *Ráfaga* y empezaba a ganar dinero, pero la Prensa y los amigos no le permitían guardar todo lo que él hubiera deseado. Su única idea era encontrar a Fernanda, y se le presentó un contrato para Nimes, y salió escapado a cumplir su compromiso y decidido a buscar a su Fernanda; si era necesario daría parte a la policía. Puso anuncios en los periódicos, visitó agencias de policía privada, y todo fué inútil,

volvía de Francia entristecido y reanudaba su *tournee* de despedida al lado de Rafael y Juan, que casi siempre alternaban con él. En muchas plazas fué muy dura la pelea, pero en otras no fué tan mal la cosa, y en Madrid, sobre todo en Madrid, brilló su nombre como en otros tiempos, y conquistó de nuevo a ese público tan sereno y conecedor en los tendidos.

Ráfaga vivía ahora menos apegado a Pilar, y desde que había vuelto de nuevo a la brega no vivía con ella, y aunque Pilar seguía siendo su gran pasión, aquella pasión se desvanecía y se enterraba para siempre, para no revivir nunca más. Aquella mujer no merecía su cariño ni el cariño de ningún hombre.

Toreaba las últimas corridas de su vida toreara, cuando una mañana, al despertar en su hotel en Madrid, recibía un telegrama urgente; aun soñoliento y malhumorado, rasgaba el papel y leía: "Llego esta noche; espérame estación. *Fernanda*." *Ráfaga* volvió a leer, emocionado, aquellas letritas, que eran la causa de tanta felicidad y alegría, y, saltando de la cama, le daba una peseta al botones que se lo había entregado; su *Fernanda* volvía: por fin, encontraba a su mujer adorada. Esperó impaciente la llegada de la tarde, y cuando ya se aproximaba la hora, ataviábase con sus mejores galas y salía en busca de su amada.

El encuentro fué sentimental y tierno. *Rá-*

faga la conducía a su hotel y no cesaba de decirle:

—Si no hubieras llegado, me hubiese muerto sin ti.

Ella le miraba fijamente, como si quisiera adivinar su vida, pero no se atrevía a preguntarle nada.

Al día siguiente, almorzando, por fin, le dijo:

—Oyeme, Diego, ya sabes por lo que he venido; quiero y tengo el deber de acompañarte mientras viva y tú no me rechaces. Nuestro buen Raimundo ha muerto, y encontrándome sola tuve miedo de luchar con la vida, y recordando las palabras de mi padre y oyendo el último consejo de mi fiel Raimundo, aquí me tienes. Yo creo lo mismo que él me dijo: tú cambiarás, serás bueno en el futuro para mí; tú siempre me has querido, y el recuerdo de mi padre será para ti lo que me ayude a cambiarte y hacerte el mismo de antes, el cariñoso Diego que se me declaraba en París y me ofrecía un amor eterno y juraba a mi padre cuidarme y quererme siempre.

Ráfaga pensaba, cabizbajo, en Pilar. ¿La dejaría? ¿Tendría fuerza para dejarla? Eso iba, desde luego, a verlo. Mandaba un giro de veinticinco mil pesetas a Pilar y en un telegrama la decía: “Quita el piso, quédate con todo y olvídamme para siempre; he encontrado a Fernanda y no puedo vivir sin ella ni abandonarla más.”

Ráfaga seguía toreando, y ya había firmado también contrato para las Repúblicas centro-americanas; torearía en Lima, en Caracas, en Guatemala y, por fin, llegaría a Méjico; pero aun le faltaban muchos meses y tenía muchas corridas por delante que torear. España despedía a su héroe triunfalmente y hacía eco América contratándolo; ganaría mucho dinero para vivir feliz al lado de su Fernanda y de sus chachas, que esperaban impacientes la llegada de su Diego y de su Fernanda. Marchaban a Sevilla, y Fernanda de nuevo volvía a sentir las caricias de las tías de Diego, que tanto la querían. *Ráfaga* toreó varias corridas y descansaba unos días en un cortijo muy cerca de Sevilla al lado de su Fernanda; parecían dos recién casados y en plena luna de miel. ¿Por qué había él desaprovechado tanta felicidad? Ahora se sentía verdaderamente dichoso y comprendía la vida mejor que nunca y anhelaba retirarse cuanto antes para vivir a gusto; lo único que le daba pena era pensar el tiempo que había desaprovechado y el dinero que había gastado al lado de esa mala mujer que nunca le había querido.

Estaban en San Sebastián cuando un día recibía *Ráfaga* la noticia terrible, pero al mismo tiempo dulcísima y tierna, que Pilar había dado a luz en Córdoba un niño. ¿Y que ese hijo era su hijo? ¿Qué hacer? ¿Cómo saber si era verdad? ¿No sería alguna patraña de esa maldita

mujer? ¿Qué diría Fernanda? ¡Pobrecita criatura si eso fuera verdad! Y no pudiendo contenerse más, se fué como un loco a ver a Fernanda:

—Lee, y que tu corazón, siempre generoso, sepa acoger esta desgracia con la resignación que el caso merece. ¿Verdad que no se lo puedo dejar? ¡Es mi hijo! Iremos por él; lo reconoceré en seguida; la voz de la sangre me lo dirá, desde luego.

Fernanda no sabía qué decir, siguiéndolo con la mirada como anestesiada por los movimientos de Diego, y de pronto rompía:

—¡Lo recogeremos! Será nuestro hijo; vamos pronto, en seguida por él.

Ráfaga la cogía por un brazo y le decía:

—No esperaba otra cosa de ti; lo sabía que dirías eso. ¡Eres tan buena!

Fernanda pensaba en aquellos instantes que si no recogía aquella criatura perdería de nuevo su felicidad, perdería a su Diego, y eso no, antes la muerte que dejarlo otra vez en poder de aquel energúmeno. Ese mismo día salían para Córdoba. La llegada fué un drama completo. Pilar estaba muy desmejorada y enferma; tanto fué así, que se temía mucho por su vida. *Ráfaga* se abalanzó sobre el lecho, y entre los pañalitos blancos vió una cabecita diminuta con los ojitos aun entrecerrados y un batallar de manecitas inquietas. Era su hijo; lo veía en su frentecita despejada y en su boquita: la misma boca. Fer-

nanda esperaba en el otro cuarto, y *Ráfaga*, dirigiéndose a Pilar, le dijo:

—Permite que entre mi mujercita, mi Fernanda.

Pilar contestó con un ademán afirmativo de cabeza, y Fernanda entraba al mismo tiempo que el doctor, que traía la cara bastante descompuesta, seguido de la hermana de Pilar, que al encontrarse tan de improviso a *Ráfaga* no pudo contenerse, y llena de dolor lo abrazaba y besaba, diciéndole:

—Mi hermana se muere, se nos muere por tu hijo.

Tuvieron que sacarla de la habitación *Ráfaga* y el doctor violentamente, pues no eran escenas para la pobre Pilar, de quien la vida se apagaba para darla a un nuevo ser, tranquila y contrita por el mal que le había hecho a aquel hombre, que fué tan bueno para ella y ella no había querido jamás. Dos días de ternuras y sufrimientos, dos días de esfuerzos inútiles, y Pilar entregaba su vida después de ser perdonada y bendecida por el hombre a quien ella tanto hizo sufrir, dejándole un recuerdo de su amor, pero el que, aun falso, había engendrado un ser.

Ráfaga y Fernanda marcharon para Sevilla con el niño y un ama de cría, y la sorpresa era de las que no se borran. La tía Paca y la tía Ricarda se quedaban de una pieza.

—Pero ¿cómo, un chico? Pero ¿cuándo nació este angelito?

Diego les explicaba la novela y el fatal desenlace, y ellas, locas de contento, no sabían qué hacer con la criatura.

—Le bautizaremos y le llamaremos Manolo, que así se llamaba nuestro padre —dijeron las dos al unísono.

Y Diego interpuso:

—¡Será torero!

—No, eso no —dijo Fernanda—. ¡Pobrecito! Torero nunca, que no lo quiera Dios.

A los pocos días se trasladaba *Ráfaga* a Salamanca para torear las corridas de feria, y luego seguía despidiéndose en todas las demás plazas, y, aunque ya no tuvo ninguna otra tarde memorable, se despedía en todas partes discretamente y dejaba un grato recuerdo por cualquier detalle de esos que no se pueden olvidar, haciendo colectas para todos los necesitados del lugar donde toreaba. *Ráfaga* estaba cansado y quería retirarse; su único anhelo lo cifraba en sus chachas, en Fernanda y en su pequeño hijito. *Ráfaga* no se retiraba rico de los toros; había ganado quizá más que ninguno, muchos millones habían pasado por sus manos y habían salido con la misma facilidad que le habían entrado; pero se retiraba satisfecho y contento de que a nadie había estorbado el paso y en cambio sí había ayu-

dado a todos sus compañeros con lealtad y compañerismo.

Pasaron juntos unos días en Sevilla. Sevilla sonreía, dichosa y serena, y se unía en una atmósfera de encanto, oliendo a nardo y a manzanilla en la sevillanísima terraza de Diego González y González (a) *Ráfaga*, porque *Ráfaga* había muerto para el arte y había nacido para su hogar y era desde ahora Diego González y González, el nombre con el que cursó sus primeros años de bachillerato y cortó para seguir el impulso de su afición a los veinte, que había de darle renombre y fama, y se dedicaba por entero a su hogar. Y así pasaron dos años y Manolito crecía al lado de aquellas santas señoras, la tía Paca y la tía Ricarda.

Ráfaga se preparaba para ir a América a cumplir un contrato en Méjico, pues únicamente había aceptado y firmado éste, aunque ya se había retirado y cortado la coleta, y no había querido comprometerse con las empresas de Lima, Caracas y Guatemala, que también se lo ofrecían, porque Méjico tenía para él gratísimos recuerdos y lo consideraba como su segunda patria y, por tanto, tenía preferencia. Iba a embarcarse con su Fernanda por primera vez y con su Manolito. A Fernanda le interesaba mucho ir a Méjico, y le suplicaba de día y de noche que no fuera a marcharse sin ella, que ella quería ir por lo que le había oído contar a él mis-

mo de la afición desmedida que había por la fiesta nacional y de sus paseos y avenidas, como las de Madrid.

Quedáronse muy desconsoladas las chachas y la casa medio vacía la noche que salieron para Santander, adonde embarcaban en el *Alfonso XIII*, rumbo a Nueva York, Habana y Veracruz. *Ráfaga* quería volver a ver Nueva York y recorrer con Fernanda todos los sitios donde ella trabajó y luchó cara a cara con la vida antes de conocerla, adonde ella fué más valiente que ahora, que no podía vivir sin él, donde ella no había podido encontrar el amor que tanto le había de hacer sufrir y gozar, y que en el presente cicatrizaba las huellas de una garra cruel que destruyó su corazón, martirizándola. Viajaban felices los tres, y el barco tocó Nueva York; después de la subida de la emigración norteamericana e inspección de todo el barco, presenciaron la vergonzosa humillación a que se someten los pobres que van en busca de trabajo. Los ponen a todos en fila, y uno a uno tienen que ir con el brazo en descubierto para vacunarlos, y registrarles la boca y los párpados, después de haberlos sometido a estricto interrogatorio, como si la raza latina fuera inferior. ¡Pobres de los que viajen en tercera y toquen en Nueva York! Conocerán afrentas y desprecios de esos señores que el Gobierno manda para cumplir una misión que es sagrada y digna de todo pueblo culto y

civilizado sin llegar a ser el escarnio de ningún infeliz que caiga en sus manos. Y no quiero recordar lo que hacen cuando algún barco está considerado como infecto y le hacen pasar cuarentena, sellando el cuerpo a esas pobres gentes como animales perniciosos.

Nueva York estaba como siempre, y surgió a la vista imponente, grandioso, metido materialmente entre nubes de humo y nieblas. Bajaron a tierra y recorrieron ese inmenso Broadway en pleno día; más tarde fueron a comer a un restaurant italiano que conocía Fernanda, adonde podían beber vinos y licores de las mejores marcas extranjeras, y eso para Nueva York era muy atrayente. ¡Un país en el que es pecado saborear un buen vino añejo y descorchar un *champagne*! Sobre todo comer comida italiana y no martirizarse con la comida norteamericana.

El vapor no se detuvo, por desgracia, más que dos días y salían rumbo a La Habana. El paisaje era poco divertido y muchos se habían quedado en Nueva York. Un amanecer se veía el Morro, el coqueto Morro de La Habana. Habían llegado a un país hermano de España, y se sintieron alegres al bajar y recorrer el malecón, que parecía por ese lado una ciudad del Mediterráneo.

Su Vedado ofrecía una espléndida vista, y La Habana estaba realmente bonita; se notaba un gran adelanto y movimiento y, sobre todo, la

mano de los Estados Unidos, que la habían hecho semejante a una pequeña ciudad norteamericana de habla española. Se hospedaron en un hotel, y al día siguiente pasaban horas deliciosas entretenidos comprando y visitando tiendas. Esa noche volvieron a bordo muy tarde, después de haber cenado y bailado en el *rouff* del Plaza y asistido a una representación de teatro cubano al Alhambra; al día siguiente entraban en el golfo de Méjico, y a los pocos días llegaban a Veracruz. Allí pasaron la noche, y al día siguiente, en el primer tren que subía para la capital azteca, salían los tres aun aburridos del viaje tan monótono que les había tocado.

Ráfaga notaba por la Prensa la enorme expectación que había por verle torear en Méjico, y ojeaba y compraba todos los periódicos para enterarse de lo que hablaban de él. La llegada a Méjico fué magnífica; fueron a recibirle todos sus admiradores y amigos íntimos, porque *Ráfaga* tenía muchos amigos en aquella tierra y le querían mucho; se instaló, como lo hiciera siempre, en una villa tomada expresamente para él de antemano por su apoderado, Margeli. Fernanda y Manolito estaban encantados del recibimiento y de la hospitalidad que les habían dispensado desde su llegada a Veracruz. Era verdad lo que les habían dicho: Méjico era un país que acogía muy bien todo lo que se relacionara con la fiesta brava. *Ráfaga* recibía esa misma

noche a los periodistas y les hablaba de toros, del porvenir de Manolito y de su retirada después de diecisiete años de toreo.

A los pocos días comenzaba su entrenamiento *Ráfaga*, en Atenco, invitado por el propietario, y de no haber sido por su Fernanda y sus chachas, quizá no se hubiera decidido a dejar su profesión; pero ya había encontrado la tranquilidad y no la quería dejar más. Toreó su primera corrida ya muy avanzada la temporada, y fué sin duda el atractivo más grande que la Empresa ofrecía al público mejicano la despedida de Diego González y González (a) *Ráfaga*, el famosísimo *Ráfaga*, con cuatro corridas de toros españoles y un beneficio. *Ráfaga* toreó su primera corrida y se comenzó a notar una gran dosis de animación en la temporada, que se escurría incolora y triste, y en su segunda corrida ya no se veían en los periódicos más que fotografías y artículos hablando de *Ráfaga*, del sin igual *Ráfaga*, alternando con *Corchaíto* y Sánchez Messía, el valentísimo diestro hispano, que había ido para ser la cuña de la temporada. Se anunciaba la tercera corrida mano a mano con Sánchez Messía, y la pelea ofrecía estar ruda e interesante. *Ráfaga* era un torero fino y artista, y Sánchez Messía era un torero conocedor y valiente; alternaron y complacieron al público cada uno con lo suyo. *Ráfaga* toreó y banderilleó esa tarde admirablemente y Sánchez Messía muleteó

y banderilleó escalofriante; salieron en hombros, y cada uno triunfó en aquella tarde y ondeó muy alta la bandera de Sevilla, pues eran los dos sevillanos. Esa semana hubo cacerías y excursiones en honor de *Ráfaga* y *Corchaíto*.

Llegó el domingo, y toreaban los tres toros de Murube. *Ráfaga* sufrió un serio percance en su primer toro, y tuvieron que continuar la corrida *Corchaíto* y Sánchez Messía, que estuvo inconmensurable de valiente. Después de la primera cura que le hicieron de rigor en la enfermería, le trasladaron a su casa; afortunadamente no era más que un desgarramiento en el muslo derecho y el cuerpo magullado de la fuerte paliza que le propinó el burel; quince días de cuidado y a torear su beneficio. Fernanda y Manolito no se separaron de su cabecera hasta que *Ráfaga* volvió a andar por su pie, y muy satisfecho les decía:

—No ha sido más que un arañazo; quiero ir a Atenco unos días para estar ágil y seguro y acabarme de restablecer.

Y así lo hacían los tres; se marchaban a Atenco.

Ráfaga se pasaba el día montando a caballo y toreando becerros y toros; quería hacer alguna faena de esas que se quedan en la mente de los aficionados y se recuerdan en los anales de la historia taurina y se comentan en tertulias y cafés. Llegó por fin el beneficio, y se habían ago-

tado las entradas y se vendieron a un precio increíble, ganando *Ráfaga* más de cincuenta mil duros libres en aquel beneficio. Comenzó la corrida con el tradicional paseo de cuadrillas, y fué imponente oír aquella ovación.

Toreaban *Ráfaga* y Sánchez Messía. Salió el primer toro, y *Ráfaga* lo toreó por verónicas magistralmente; era un hermoso ejemplar de Atenco y parecía muy bravo; tomó seis puyazos, y *Ráfaga* alternó en quites con Sánchez Messía. *Ráfaga* pidió los palos y colocó su primer par, maravilloso y digno de esculpirlo por la sabiduría y elegancia que había derrochado para colocarlo; llegándole muy despacio y dejándose ver mucho del toro, levantando los brazos, clavó ese maravilloso par, y colocó otro en la misma forma, y se fué por la muleta y el estoque, banderilleando *Azuquita* de cualquier forma.

Ráfaga, con la muleta en la mano izquierda, acudió al toro paso a paso, y con una suavidad inenarrable pasaba al toro en los pliegues de la muleta al natural, ligando un enorme, un formidable pase de pecho, que puso de pie a la concurrencia; siguió toreando muy cerca y tan artista, que no bien hubo terminado su faena se vió el ruedo cubierto de prendas de vestir de ambos sexos, que tuvieron que devolver los banderilleros y los monosabios.

Decidieron marcharse cuanto antes, de nuevo rumbo a España, a bordo de un *carro* Pullmann,

que los llevó en cinco días a Nueva York, quedándose allí diez días, y embarcándose para Francia pasaron a Italia, y radicándose algunas semanas en Milano, en el encantador Milano, que los acogió cariñoso y aplastante con su montaña de mármol del arte gótico, llamado "Il Duomo", y sus artísticas galerías.

Ráfaga se sentía atraído poderosamente por Italia, lo mismo que Fernanda, y decidieron ir a Florencia y Roma para poder deleitarse allí con la magnificencia y abundancia de su arte. Florencia les pareció sublime; su estilo, verdaderamente único, y Roma, grandiosa en todos los puntos de vista que se les ofrecía, siempre imponente con aquellas sus fuentes, que eran admirables, y esos sus arcos y estatuas venerables, últimos vestigios de la Roma antigua y gloriosa de los Césares. Decidieron volver a Madrid, y muy pronto se encontraban de nuevo en la corte, adonde le salían los periodistas a entrevistarlo para que narrara un poco sus aventuras de América y de Italia. *Ráfaga* fijaba todavía la atención de la afición con su llegada, y declaraba los sentimientos que en Méjico eran públicos y aseguraba retirarse contento.

Salieron para Sevilla al día siguiente, y cuál sería su alegría al encontrarse tan sanas y tan contentas aún a sus viejecitas, la tía Paca y la tía Ricarda, que no se esperaban tanta dicha por su Sevilla, y a Fernanda completamente res-

tablecida y dichosa. *Ráfaga* era el mismo; parecía que le habían guardado bajo un gran capelo y no le habían tocado en todo ese tiempo. Manolito ya comenzaba a hablar. Así, en plena armonía y tranquila paz de un hogar sevillano, vió transcurrir sus primeros años aquel niño, que sentía la idea intuitiva de los toros, pues su distracción favorita era jugar con los muchachos de la Alameda al toro. Y así pasaron los años, y cuando se cumplieron dos lustros marchaba un día con unos chiquillos que iban de capeas, y de allí en él nació el deseo de torear, empezando con tan mala sombra, que lo pisara y pateara horriblemente una becerra que les echaron a él y a sus compañeros, dejándole cojo y maltrecho una semana y teniendo que andar con los otros de un lado a otro sin descanso. Uno, llamado *El Pepino*, lo quería mucho y lo cargaba, ayudado de otro de la cuadrilla, mientras estuvo enfermo, y lo cuidaba y mimaba como un hermano mayor.

Así anduvo algunos meses, y se tuvo que disolver la compañía, pues *El Pepino* se había fugado de su casa y la familia le hizo volver custodiado a pie por la Guardia Civil. Fué sin duda el primer dolor que hirió su pecho inocente, y fué el que lo llevó a pedir trabajo en un bar, llamado Casino-Bar, para servir a la parroquia; pero cómo y dónde fué a dar con una especie de club taurino, que allí frecuentaban a diario unos torerillos que también iban de pueblo en pue-

blo toreando lo que les salía y apechugando con todas las amarguras del comienzo. ¡Nada, definitivamente tenía que ser torero! Una de las tantas charlas que con ellos echaba al servirles el vermouthe, les dijo:

—Cuando volváis a iros de capeas, os acompañaré.

¡El ya había hecho de las suyas y había andado de capea en capea con *Pepino*! Para él eso no era desconocido. Y efectivamente, con ellos se marchó; iban para Burgos, en donde, haciendo de plaza unos grandes carros que habían puesto en semicírculo contra una pared, *Luceño*, que así se llamaba el chaval que lo llevaba en la cuadrilla y por el que Manolito quiso llamarse lo mismo en recuerdo de su primer maestro y director; *Luceño* era un torerito muy valiente, que apenas contaba catorce años, y era, por supuesto, el mayor de todos; se distinguía por su enorme valor y voluntad de quedar bien a toda costa y hacer lo imposible al bicho que toreará.

Esta vez no fué así, pues la vaca blanca no se lo permitió; *Luceño* subía por los aires cada vez que intentaba algo, y gracias a que tenía los cuernos despuntados; si no, allí hubiera entregado su alma a Dios; entre todos la mataron. ¡Pobre animal! Cuando vió que se amontonaban en su derredor pinchándola y tirándola piedras de un lado a otro, fué horrible; el animalito quería romper aquella muralla humana; pero ¡ca!,

imposible, tenía que morir; uno de ellos sacó un estoque y fué a ella resuelto; pero cómo abrirse paso. No había dado todavía tres pasos cuando otros más fuertes se la arrebatában, y a esos a su vez otro grupo mayor les hacía lo mismo, hasta que por fin, quién sabe quién ni cómo, le colocaban un alfilerazo que le atravesaba la tabla del cuello y comenzaba a manar sangre a chorros por aquella herida, que sin ser de muerte maltrataba al animalito y lo hacía lanzar imponentes bramidos. Hasta que dobló la infeliz bestia, y unas manos más caritativas le dieron la puntilla. Así terminó aquella accidentada actuación, que, por supuesto, ninguno de ellos vió, pues entre la gente se perdieron, y aprovechándose de la confusión nadie se ocupó de ellos ni pudo dar razón de cómo se dieron tanta maña para desaparecer.

Por fin *Luceño* mató el primer becerro, llevando a Manolito en su compañía como banderillero. A los trece años era banderillero, y así fué creciendo *Luceño* con los toros, matando bueyes difíciles y grandes durante dos años; hasta que uno, en un tentadero de Andalucía, en medio patio, flameando su blusa como bandera retadora al combate, *Luceño* desafió a la fiera con asombrosa valentía; partió la res a él, después de dudar y vacilar breves instantes, y en bufidos de rabia corneó por uno y otro lado al desafortunado *Luceño*. Manolito fué al quite; pero ya

era tarde. El pitón le había roto la yugular, muriendo a los pocos minutos en medio de una consternación tan general como grande. El entierro lo costeó el dueño del cortijo, y ordenó que salieran de allí todos los toreros que hubiese, dándole a Manolito unas cuantas pesetas, pan y vino para el camino.

Otra vez solo en el mundo. ¿A dónde ir? ¿Qué hacer? Por lo pronto, marcharse de nuevo a San Sebastián. ¿Y cómo volver? Nada, ni corto ni perezoso se fué al telégrafo, y llegándose a una de las ventanillas le dijo a uno de los empleados:

—Quería mandar un telegrama a mi familia, pero no sé escribir; si usted quisiera escribirlo....
“Casino-Bar, San Sebastián. Manden dinero viaje. Lista Correos. Luceño, muerto.—*Manuel.*”

Y fué cuando, encontrándose de nuevo de vuelta en su Casino-Bar, esa tarde la Providencia lo llevó a la plaza, y fué cuando toreó por primera vez delante de *Ráfaga* en aquella becerrada que presidía este último. Entonces era cuando *Ráfaga*, animado con el estilo, encontraba a su hijo después de haberlo buscado en vano por toda España durante tres años, y lo que menos se había de figurar era encontrárselo y verlo torear tan admirablemente como lo hiciera aquella tarde. *Ráfaga*, comprendiendo que eran inútiles los regaños y los castigos, decidió ayudar a su hijo con todas las fuerzas de su alma para que tuviese todos los conocimientos que él pudiera pro-

porcionarle hasta que por fin Manolito cumpliera dieciséis años.

Manolito era más bien bajo de estatura, de tez color aceituna, de ojos grandes, verdes y expresivos. *Ráfaga* le dijo:

—A ver, hijo, vístete de torero con cualquier terno de los míos.

Y cuando ya estaba arreglado, contemplaba a su futura obra, ya en croquis dibujada. Era una silueta graciosa de línea por lo pequeña, menuda y fina. Tenía el pelo negro y rizado y le caía en la frente. Manolo presentaba un magnífico tipo de torero; se miraba él mismo extasiado en el espejo, y satisfecho sonreía mirando a *Ráfaga* y a *Lentejuela*, el mozo de espadas. ¡Sacaría de él un gran torero; sería, sin duda, su sucesor! Pues *Ráfaga* no quería nunca las medianías, y a ese chava tenía que hacerlo el primero, el único. Lo había visto torear en la becerrada; era imposible que se equivocara. ¡El, que nunca se había entusiasmado viendo torear a nadie! Ese pequeño lo había conseguido; tenía por fuerza que ser un torero de gran atrayente; era, además, valiente; lo decían sus verdes ojos, que parecían adormecidos por sendas y rizadas pestañas; lo decía también su frente y su paso seguro y pronto.

Ráfaga lo mandaba a Sevilla ese mismo día, y desde entonces las viejas chachas tuvieron otra vez al hijo por quien tanto habían sufrido du-

rante su ausencia; allí se entrenaría en la dehesa de los Marqueses de Fornos, sus viejos amigos, y la próxima temporada haría su debut en Sevilla como novillero de *postín*; tenía que ponerle desde el primer momento el sello de torero caro, porque sabía y estaba seguro que torearía en todas las plazas de España con franco y seguro éxito para darse a conocer, y lo demás era cuestión de la suerte. Se distinguió tanto en su primera temporada de novillero, aunque, dadas las circunstancias en que se encontraba la afición en esos momentos, no pudo clasificar en definitiva al novel lidiador y quedó confundido entre los novilleros que mandaban en el cotarro; pero pronto conoció Manolito el renombre. En la feria de abril que principió al otro año en Sevilla inauguró su pedestal y su fortuna, pues esa temporada tomaba la alternativa y fué el comienzo de una gran vida artística que empezaba a dar sus deslumbrantes destellos de gracia y de arte.

Toreaban *Corchaíto* y *Bebé* en su compañía, y Manolito se dió tanta maña que no hizo un solo momento un mal papel al lado de aquellos gloriosos maestros de la tauromaquia española y sí, por el contrario, realzó a considerable altura su persona, haciéndose notar poderosamente por su enorme voluntad y deseo de agradar al público en cada momento, hasta en los más ajenos a su deber. Siguió toreando en España ese año con grande y merecido éxito, hasta que finalizó

esa su primera campaña, matando noventa y nueve toros, y ese año salían juntos él y *Ráfaga* para Francia, regresando mucho antes de que pudiera empezar la temporada, para entrenarse en Sevilla en un gran cortijo que acababan de comprar los dos toreros y le habían llamado "Dos Estrellas". Allí esperó *Luceño* la llamada para comenzar su actuación, que se veía cada vez más combatida y menos apreciada, hasta que hizo su presentación en el abono de Madrid. Ese año había que borrar a todos o no era él el llamado a substituir a *Ráfaga*, que ya hacía un año esperaba impaciente la decisiva consagración de su niño.

Toreó aquella tarde tan bien de capote y muleta, que no lo hubiera mejorado nadie, y mató a sus dos enemigos de certeras estocadas, y era lo que esperaban aquellos sus amigos. Y otro domingo, en las mismas corridas del abono, se liaba con un hermosísimo ejemplar de Concha y Sierra y realizaba un monumento de faena, porque así se le debe de llamar a tanto derroche de arte y de majeza; de rodillas ante el animal lo aguantaba hasta estar casi a medio metro, para hacerlo pasar cogiéndolo de un pitón, y a los cuatro pases más de este género y calidad, lo toreaba de pie muy estirado hasta cinco veces al natural, sin mirar al público, que lo llamaba y vitoreaba enardecedoramente.

Pronto empezó a cobrar las veinticinco mil

por corrida, y ese año fué de triunfo en triunfo al lado de *Bebé*, que era también el más aventajado en esas lides, y fueron los únicos que torea-ban las cien corridas cada año y cobraban veinticinco mil pesetas por festejo. Una noche se reunían en el Palace *Bebé* y él para ponerse de acuerdo con las Sociedades y Empresas que les habían puesto y no querían pagarles lo que ellos pedían, considerándolo como un robo; pero no pensaban que si las pagaban gustosos para el *Divino Calvo* y *Juanito Terremoto* en los grandes carteles de sus ferias pueblerinas, por qué no lo iban a hacer con ellos, que eran la pareja de moda más discutida de España. Terminando así esa temporada victorioso; contra el parecer de sus paisanos, que le creían pequeño y sin amigos, se había abierto camino, y al fin pudo conseguir que el *Guerra*, el árbitro de los destinos taurinos cordobeses, el profeta acatado por todos los toreros de su tierra, aquel emperador de chaquetilla corta que hacía del Club *Guerrita* un imperial besamanos, Meca taurina de la afición de España, se fijase en él.

Pero vamos por partes; este año *Luceño* afirma ya su personalidad, es el torero de moda, todo valor, todo deseo de vencer y voluntad en la contienda; es el torero de los rasgos, de los momentos de emoción. *Luceño* había conocido una chica y la empezaba a querer de un modo extraordinario; jamás había querido a nadie ni

había sentido la fascinación que aquella criatura le inspirara; no la podía dejar; nadie sabía aún nada, pero él sentía la vida como nunca de hermosa, y por ella hubiese dado la vida, si fuese menester, para no abandonarla más.

Después de muchos días de gozo infinito con aquella mujer, *Luceño* no era el mismo, ni se conocía. Hubiese hecho lo que aquella mujer le ordenase; estaba enamorado y era su primer amor; por fin hubo que decidir, y venciendo muchas dificultades se llevó a su querida, a la mujer que hasta entonces había querido de veras. Tiernos días de viaje, contemplando el mar y el cielo únicamente, y por fin América, la joven América, los recibió allí en Veracruz. Estaba contratado para torear seis corridas y un beneficio libre, y allí, en Veracruz, toreó su primer corrida, y de no haber sido por su temerario arrojo, hubiera sido un día de luto para todo el pueblo.

Fué la tarde del 29 de noviembre de aquel año; tarde de sol y de toros, y fué en la placita del Puerto Jarocho, arreglada como plaza de toros principal con travesaños de madera y pies derechos. *Luceño*, el nuevo héroe cordobés, mataba aquella tarde cuatro morlacos de Atenco, gânero vecino de Méjico, muy conocido allí; y salieron las cuadrillas, llevando *Luceño* a su derecha a *Camorra*, que iba a Méjico sin contrata. Y salió el primer toro, un animal negro zaino, de lámina preciosa, y entre "¡A ver si lo picas

bien!", "¡Que lo rajas, no seas bárbaro!", "¡Al toro, al toro!" y demás excitantes de esta clase de fiestas pueblerinas, *El Fenómeno* y el piquero que salía de reserva le pusieron seis varas.

Luceño acudía a los quites con alegría y adornos; la gente se volvía loca de contento. "¡Ese es nuestro torero!" Tocaron a banderillas. *Luceño* se fué al sitio de los capotes a recoger los trastos, y *Cantares* se adelantó con un par a los medios, en donde estaba el toro, y lo clavó muy bien. Sonó un crujido horrible, gritos de angustia y de dolor surgieron clamorosos. ¿Qué pasa? ¡Fuego! ¡Fuego! ¡La plaza está ardiendo! ¡La plaza que se hunde! En uno de los tendidos de sol se declaró el incendio, y sin poderlo contener se vino al suelo en siniestro hacinar de carne humana, y en trozos de madera ardiendo gran parte del tendido.

La situación era crítica; quedaba un enorme boquete que daba paso al puerto; sobre la arena se movían, heridos, entre las llamas, algunos espectadores que cayeron. ¡Si el toro se arrancaba....! "¡Toro, ja! ¡La espá! ¡La espá!" Manuel González (a) *Luceño*, con el cuerpo citó a la res a combate; fué un momento de suprema emoción; llegó *Camorra* con el estoque, y sin dar tiempo a más le hundió en el morrillo de la res, que rodó por la arena.

Acallados los gritos de dolor, surgió un clamor de gracias y de plácemes.

Luceño fué paseado triunfalmente por el ruedo. ¡El presidente de la fiesta bajó a abrazar al héroe! Se acababan de arrancar algunas vidas de la muerte. Se dió orden de suspender la fiesta. *Luceño* fué conducido en hombros a la fonda, y el día antes de la salida para Méjico hubo un banquete en el Restaurant del Diligencias, dado por sus admiradores despidiéndolo en su primer viaje a la capital mejicana como torero. El día 15 de diciembre, tercera corrida de la temporada; seis toros de Piedras Negras; espadas, *Bebé* y presentación de *Luceño*.

¡Ya tenemos aquí el fenómeno!

Y sale un toro, ¡una rata! Y sale otro, ¡un saltamontes! “¡*Mardita* sea! Pero ¿es que no va a salir uno con tipo y con pitones?” Se mete en los cuernos de las reses, las consiente con el cuerpo, da pases sentado en el estribo, se entrega las tres veces al entrar a matar; da dos pinchazos, dos volapiés mayúsculos y media en las agujas en sus tres toros; el pueblo le premia con tres ovaciones sus faenas... *Coleta*, el cronista del *Universal*, decía:

“Durante la brega de los dos primeros becerros, Manolito no hizo nada de particular con el capote, y el público, que esperaba que este niño se comiera los toros crudos, se llevó una desilusión de padre y muy señor mío. Cuando en el segundo toro tomó los trastos, se sentía la atmósfera pesada; los concurrentes estaban pre-

dispuestos y se mostraban deseosos de darle una pita.”

Los periódicos mejicanos, en general, venían muy en su contra. *Luceño* aquella noche no durmió. ¿Sería posible que le resultase a aquel público una mamarrachada su toreo?

¡La cosa se iba poniendo muy oscura! Y llegó su segunda corrida, y se lidiaron toros de Piedras Negras. En los dos primeros toros Manolito estuvo alegre y adornado en quites; llegó la hora de matar a su primero.

Comenzó con un pase ayudado muy ceñido, sigue con otro alto, uno de pecho y, entrando corto, recto y en tablas, señaló un buen pinchazo. En esta parte de la refriega el chico estuvo muy valiente, toreando casi siempre con el cuerpo, adornándose y sacando la barriga para que se la oliera su contrincante; continúa muleteando de cerca y con valentía para señalar media estocada, quedándose dormido en la cuna. Termina con media estocada, que no fué entera por arrebatarse el bicho el valor de las manos, estando aculado en tablas y propinando al diestro un fuerte varetazo en la parte interna del antebrazo derecho. *Luceño* se retira a la enfermería y no vuelve a salir. *Relampaguito II* mata el resto de la corrida con más voluntad que otra cosa; el mismo *Coleta* dice:

—*Relampaguito* se quedó solo y no supo sa-

cudir el marasmo, que por completo se había apoderado de nosotros.

Pero en la enfermería el empresario ruega a *Luceño*:

—Sal después de curado, para que el público te vea y no se retraiga el domingo, por mi negocio, Manuel.

Luceño, complaciente, sale de nuevo al redondel. Acaba de lidiarse el quinto toro. El público le ve; cree que se ha retirado sin gran daño para dejarle a *Relampaguito* el peso de la fiesta; empiezan los denuestos, y el pundonoroso cordobés oye la mayor silba de su vida torera.

—¡Qué pendejo! ¡Encima se bromea! ¡Ché! ¡Cuánto miedo! ¡*Relampaguito* sí que tiene coraje y es artista!

Los periódicos, al día siguiente, secundan las descargas. *El Universal*, *Excelsior*, *El Taurino* ponen como nó digan dueñas a *Luceño*. *Relampaguito* empieza a ser ídolo popular. El torero sevillano de hielo toma, bajo el sol de fuego mejicano, algo más de calor, anima su inmóvil rostro de místico con sonrisas de afecto y de contento. Su toreo de capote, serio, reposado, clásico, se adapta mucho a este ganado, menos fuerte en sus acometidas, menos sobrio, más blando, más reposado, más linfático que pasta en unos prados extensísimos en que la hierba hace colchón mullido donde a toda pereza se puede sestear. Estos brutos, ahitos de comida,

le dejan colocarse mejor, con más facilidad, y es más seguro, más lucido en sus envites y más frecuente en sus destellos de clásico torero. Por otra parte, *Relampaguito*, aunque transforma su visión, da cobijo al amor bajo su techo, tiene muchos amigos, y en sus horas alegres con sus más íntimos corre el vino andaluz y suena la guitarra y se dejan oír alegres risas femeniles. *Relampaguito*, aquel hombre, es otro aquí, es alegre, campechano, rumboso y hasta dicharachero...; va siempre con sus banderilleros *Corona* y *Canseco*. *Relampaguito* es torero en la plaza, y fuera de ella es el prototipo de aquel clásico diestro que pasó. *Relampaguito* conquista muy lejos de Sevilla un partido entusiasta. Llegó con gran modestia. Le adornan méritos positivos; ese deseo romántico en toda multitud de colocarse al lado de los débiles y empujar a los fuertes le da gran parte de sus triunfos.

A *Luceño*, en los primeros pasos, le envuelve la antipatía popular. ¡Gana mucho dinero! ¡Viene en genio taurino! ¡Se va a la enfermería por un rasguño sólo! En la calle, al teatro, a todas partes donde va le sigue una atmósfera hostil. ¿Será posible? El 29 de enero recorre su amor propio, su dignidad profesional, una odisea. Hay encerrada en la plaza de toros una corrida de Barbabosa, que han de despachar *Relampaguito* y él. La afición mejicana prevé la competencia y agota los billetes. Hoy acaba *Re-*

lampaguito con ese niño, se dice en los aperitivos en los bares. A oídos de *Luceño* llega que en el teatro Principal dos triples de zarzuela, españolas muy conocidas, han hecho una apuesta interesante sobre el resultado de la fiesta. La mayor parte de los actores votan por su contrario. ¡Hasta los españoles dudan de él! Camino de la plaza, con su cuadrilla, los indígenas, esos hombres bronceados, vestidos con campanudos pantalones blancos, tocados con los altísimos jaranos, calzando las albarcas y echado al hombro el bonito zarape de colores, forman colgantes racimos humanos en los tranvías y camiones que por las avenidas van al circo y le gritan insultantes:

—¡A ver si aprendes de tu compadrito! ¡A ver si no eres pendejo y te arrimas al toro!

Y al hacer el paseíllo, ya en la plaza, entre el mar de cabezas que le atisban y esperan su derrota, lee unos enormes cartelones que pregonan:

“¡El mejor torero, *Relampaguito!* ¡*Relampaguito*, el mejor matador!”

—¡Esto más! ¡Hay que luchar de firme! ¡Paso a un valiente!

Y toda la tarde, corajudo, frenético, lleno de pundonor, lastimado en su orgullo, brega como un desesperado, lo intenta todo, pateo los hocicos de las reses, mata sus tres toros de tres estocadas y un pinchazo, todo arrancando a ley y

a ley hiriendo. El público h6stil calla, y en el tercer toro, loco ya de furor, no sabiendo qu6 hacer para arranca un aplauso justiciero, entra al segundo quite. *Relampaguito* hab6a hecho uno y hab6a doblado la rodilla ante la cara de la res, alcanzando una ovaci6n por ello. No es nada; ahora ver6is. Y acude al quite del picador *Fen6meno*; se lleva la res en el capote, la recorta ceñido y echando la tela sobre el suelo se acuesta temerario sobre ella; llama, desesperado, al toro:

—¡Toro, ja!

Relampaguito llega con sin igual nobleza a llevarse la res, acudiendo los peones...

—¡Fuera de ah6, miedosos!

La rabia ahoga la voz, que chasca como un látigo. La pujanza, el valor temerario de este hermano de Gonzalo de C6rdoba, bulle en su sangre moza. La vergüenza torera rompe su valladar y se sube por la garganta hacia los ojos y da un tono de violeta a la morena cara del chaval:

—¡¡Toro, ja!!

Y en la plaza reina un silencio augusto de emoci6n, y los ojos acuden con espanto a la nerviosa figura del torero, y en los p6lidos labios queda en ahogo un grito de terrro. C6rdoba, la sultana, ofrenda el cuerpo sereno de su h6roe a las astas del toro de Barbabosa en rescate de la fama torera. ¡Ni eso! Despu6s de la intensa emoci6n, un fr6o de muerte, una indiferencia

bárbara, cruel, despótica. Hacia *Relampaguito* corren todas las simpatías.

En su segundo toro mira a unos mejicanos que ocupan un tendido de sol, cerca de donde se le cuadró la res.

—¡*Pa* que aprendáis a ver matar los toros!

Y se vuelca sobre el morrillo de la fiera y mete un volapié de aquellos que en España lo elevaron sobre el pavés de la fama taurina...

—¡Tampoco! Más *jieren* los desprecios que las *cornás*—dice luego en su casa mientras *Lentejuela*, el antiguo mozo de espadas de su padre, le quita el traje de caireles.

Aquella noche, con D. Marcelino Domingo y con D. Andrés Fernández y sus íntimos tiene gritos de queja, se revuelve como un jabalí herido.

—¡Me tendré que marchar! ¡Aguarda, aguarda! —Luego, solo, medita: ¿Irse? ¡No, no, no puede huir! ¡Qué se diría de él! Quema las naves de sus dudas y tiene un gesto de firmeza—: ¡Venceré!

Al día siguiente oye a un golfillo pregonando un periódico de toros. ¿Un concurso desde hace dos corridas? ¡No cabe duda: *Relampaguito* será elegido!

Un amigo le pregunta en El Fénix aquella misma tarde si ha comprado cupones para vencer en el concurso, y *Luceño*, extrañado, contesta sonriente:

—¡ Me voy a engañar yo mismo!

El día 6 de febrero se celebra la sexta corrida de abono. *Taita, Relampaguito* y él tienen que estoquear ocho toros de Santín. *El Universal Taurino*, que ha terminado ya su concurso, tiene grabada una medalla de oro que ha de entregar aquella tarde. Decía así: “A *Relampaguito*, el mejor matador de toros, Méjico.—*La afición mejicana.*” ¡ Y estaba en Méjico *Luceño!*

El segundo toro, de Santín, engancha a *Relampaguito* al lancearlo de capa y lo hiere; sigue valiente en su puesto; decidido y torero, hace una gran faena con el bicho y lo mata de un volapié perfecto. En medio de una ovación recibe la medalla y va a la enfermería. *Luceño* queda con *Taita*. En su primero pone cátedra de torero, corre la mano para cargar la suerte, remata con adorno y tras de media estocada atiza un volapié hasta el codo.

—¿ *Luceño*? Pues toreó superiormente, ¿ sabe? La gente empieza a cambiar.

En el séptimo, tras pocos pases bien dados todos, atiza otra estocada en las agujas. Y banderillea el octavo como un buen banderillero, y hace todos los quites variados.

—¡ Un superior torero!, ¿ sabe?

Taita y él eran dos toreritos finos, pero sobresale esa tarde *Luceño* toreando.

—¿ Pues qué pasa, señor?

Aquella noche, en casa de D. Andrés Fernán-

dez, ante unos chatos de montilla y unas aceitunas aliñadas ¡a la española!, se comenta la fiesta. Ya parece que empieza la gente a convencerse. Durilla ha estado la cosa. *El Universal* es el que sigue dando de firme. Pero ya se cansará.

El 1 de mayo toreó su beneficio con toros de Murube, alternando con él *Bebé* y *Taita*, matando a sus dos toros de dos estocadas, después de haberlos citado a recibir, y cómo sería de grande el éxito, que tuvo que torear otra corrida, matando él solo seis Piedras Negras de seis estocadas y un pinchazo. *Luceño* seguía siendo el amo.

—¡Pues quién sabe, señor!

Por fin le ruegan que tome parte en un festival a beneficio de la Cruz Roja Mejicana, y acepta, al mismo tiempo, para despedirse del público de Méjico, que ha hecho, por fin, justicia a su arte y valor y lo quiere y lo considera, y él corresponde a ese cariño dejándole un grato recuerdo de su exquisito arte.

El día 21 de febrero se verificó la corrida monstruo, con toros de Santín, que salieron bravos y manejables, y la afición de Méjico despidió al valiente torero con grandes ovaciones. ¡Córdoba, al fin, vencía! ¡La raza de esforzados paladines no renegaba de él.

A los pocos días se despedía en el cuarto de su hotel; haciendo salvas los taponazos del cham-

pagne, burbujeó el entusiasmo entre la espuma y... ¡la mar! Y se gritó en Méjico ese día: "¡Viva Córdoba!"

Llegaron a España a principiar la temporada. *Luceño* había llevado una vida en Méjico de verdadero azoramiento y combate, y quiso descansar en Sevilla al lado de su familia y de aquella tierna mujer que le tenía embargados los sentidos, y se hubiera quedado más tiempo en Sevilla, pero tuvo que marchar a Madrid para ponerse al corriente de la temporada, que muy pronto inauguraría, toreando en Madrid su primera corrida alternando con *Bebé*.

Bebé había tenido una grande ovación en el quinto; él no podía ser menos. ¡Qué se diría en Madrid! En el toro siguiente cogió las banderillas y se hizo ovacionar en dos pares al cambio y otro al cuarteo; empuñó los trastos de matar y salió decidido a que las palmas callasen. En el primer pase el toro le engancha por la ingle, le tira al suelo, le ve en él, le acomete; *Luceño*, que no pierde un momento la serenidad, levanta la muleta sobre su cabeza y salva la tarascada con ese pase original, quedando debajo del vientre de la res, que le pateo furiosa; el espada se da cuenta de su situación crítica, se coge fuertemente a las dos manos delanteras de la fiera, que babea de rabia al ver que no puede cornear lo que desea. La cuadrilla acude al quíte; *Luceño* se agarra al rabo de la res y hasta le muer-

de, ciego de furor; aquella lucha entre una fiera y cuatro hombres emociona a tal punto, que en los tendidos la gente ni aun a respirar se atreve. Por fin, se aparta al toro; *Luceño* se levanta, deshecho el traje y la camisa, la cara ensangrentada, pero ilesa; se va a la barrera, empuña otra muleta, se mete otra vez entre los cuernos y con emocionantes quiebros de cintura, saltando en cada envite un cairel de su traje, logra rendir al animal, y viéndole cuadrado arranca recto y atiza una estocada hasta lo rojo en lo alto del morrillo; pero *Luceño* empieza ya a cansar; los aficionados, los mismos que le elevaron justamente, esos dictadores que aquí, como en todos los órdenes sociales, llevan la voz cantante, empiezan a quererlo tirar, socavando el pedestal en que le colocaron. Ya está arriba y se sostiene y sigue en la pelea, sin querer dejar su alto puesto conseguido.

—¡Fuera! ¡Fuera! Además, ha adquirido millones, y todo ello ¿por qué? ¿Por su valor? ¿Quién es capaz de reconocerse mejor que él para llegar a hacer lo mismo? El torero, bueno está que nos divierta y que juegue con su vida, pero hacerse opulento, escalar un nivel social por encima del nuestro, los que chillamos, los que, sin valer mucho, nos creemos que lo valemos todo, vamos, hombre, ¿se puede aguantar? Además, Manolito, como torero de este siglo, es precavido, es prudente; compra acciones de Ban-

cos, adquiere fincas, entra en negocios financieros, no tira el oro que gana en sus contiendas, no es juerguista, no es rumboso, no es el torero de la leyenda macarena, no es el ídolo de las multitudes fuera del ruedo como lo fueron *Lagartijo*, *Tato*, *Espartero*, como lo es hoy el divino Rafael. Con poco, pues, que se le vaya la mano se le puede destruir; pero ¿y el amor propio del torero, y la dignidad del hombre, y la vergüenza profesional? *Luceño* no será nunca vencido por completo, porque es un caso de dignidad profesional. Se le desea chillar, cansados de verle siempre en su terreno, y se le chilla; este año da algún motivo a ello. La campaña en Madrid es bastante mediana; en las cinco fiestas, sobre todo en la primera con *Bebé* y *Taita*, fué obra bastante, le silbaron a contento; hasta en los toros en que, como el quinto de la tercera tarde en que alterna con *Relampaguito*, se acuerda de quién es y da uno de sus volapiés asombrosos.

No se arrima.

—¿Que no te arrimas? —le dice *Ráfaga* un día, cuando se empieza a recordar su campaña taurina.

Torea Veraguas en Madrid con *Relampaguito* y *Bebé*. *Luceño* estuvo en su primer toro muy mal, perdió completamente los papeles; pinchó siete veces, todas de muy mala manera; dió tres descabellos y recibió dos avisos; ya descompues-

to, se metió entre los cuernos, fué achuchado, lo pisoteó la res. ¡La *debâcle* se inició! Los pitos atronaron el espacio. ¡A él! ¡Al acostumbrado a las ovaciones! Pero aun no estaba Napoleón en Waterloo; aun Marengo, Rívoli y Austerlitz podían llegar; la vergüenza se le subió a la cara; su público le increpaba justamente. ¿Se le acabó el valor? Y salió el quinto. *Luceño* se fué a él, le vió la res, se arrancó, tiró el temerario lidiador el capotillo, y, erguido, sonriente, con los brazos cruzados, esperó a cuerpo limpio el brochazo brutal; fué un momento de suprema emoción; el temor ahogó el grito en las gargantas, las respiraciones se contuvieron al espanto.

—¡Se va a dejar matar!

Llegó la res, dió una cornada fiera; vació el espada la ruda acometida con un quiebro de cintura... ¡Y el peligro pasó! En el cuerno derecho de la res, un hilacho de oro daba al viento la hazaña. La plaza entera crujió imponente en alarido de entusiasmo. *Luceño*, pálido, se inclinaba en ademán de gracias. ¡La vergüenza torera estaba allí! Aquel toro murió de un volapié hasta el codo. ¡Vencía, triunfaba! ¡Era el primero! ¡El único!

Llegó la reacción; tuvo el gesto que le llevó a la cumbre del toreo. ¡El paso estaba dado! ¡Había que desquitarse por completo! ¡No podía admitir que el público de Madrid le buscara afanoso un sustituto! Y fué en pos del desquite.

El día 15 de julio toreó con *Finito* y *Relampaguito* reses de Surga. El tercer animal, primero suyo, un jabonero cornalón que atendía por *Presidente* fué el toro mejor muerto en aquella temporada, que mediaba. ¡Y así llevaba ocho *Luceño*! Entre los pitones de la res dió siete pases primorosos, todos con la mano izquierda y haciéndose ensuciar la seda de su traje con la baba del toro, ¡como ahora! El público, subyugado, emocionado, aplaudía con ciego frenesí. Cuadró la fiera, se perfiló el espada, arrancó a ella y por la cola salió rodando el formidable matador, mientras el animal, metido el estoque hasta la cruz en su morrillo, daba sus cuatro patas al aire en mortal estertor.

—Esto parece que cambia —dijo al dejar la muleta en la barrera.

¡Ya lo creo! ¡Pero no cambia así por completo! La apatía y la desgracia volvieron a hacer de las suyas alguna vez que otra.

En Zaragoza, en Lorca, con toros de Olea. Da la alternativa a *Sevillanito* en Carabanchel, cuya plaza, de nota alegre, inaugura a beneficio de la Prensa, lidiando reses de Castellones con Belmonte y *Relampaguito*. En San Sebastián, en Valencia y en todas partes donde va torea. Noventa fiestas y pierde por heridas quince; por regla general, sin mostrarse cobarde; ¡eso jamás se dice de él! Este no parece a *Luceño*, y finaliza la temporada, saliendo con rumbo a Lisboa,

adonde pasa al lado de *Ráfaga* el invierno y entregado completamente a un sereno descanso ordenado por los médicos, pues era de todo punto necesario para sobreguardar su salud, en peligro inminente.

Desde aquel día, corazón de león torero tiembla de miedo y emoción cuando se sienta ante el papel y una pluma para comunicar sus amores a su Rosa María, buscando bellas frases y procurando hacer la letra más bonita; pero no podía ser: eso de escribir es para los literatos, él es un matador de toros. ¡Está *majareto perdido* por Rosa María! ¡Es guapa! Y la nueva se extiende. *Luceño* se va a casar.

De haber nacido *Luceño* tiempo antes, fuera gran mariscal o príncipe; nació en esta época de herencias y ha sido lo más libre, lo que más se acomodaba a su alma montaraz: ¡un matador de toros! *Luceño* puede ostentar como lucida ejecutoria en sus timbres de esforzado varón un corazón de oro y un estoque de torero, todo en campo de sangre. En España, la figura de un diestro de renombre debiera ser tan considerada como la de un alto comediante o un banquero. Su capote suele hacer más por la riqueza del país con las importaciones y exportaciones del festejo que las sumas y restas del hombre de negocios. ¡Ah, si un país de espíritu industrial tuviese, como su fiesta nacional, ésta, maravillosa, de los toros!

Y hubo más. Decidida la boda, los diarios españoles publicaron con pomposos epígrafes: "Su Majestad Manuel Luceño se casa con la bellísima señorita Rosa María Bofill el 14 de diciembre en Lisboa."

De este año de gracia estaba Lisboa como en días de fiesta nacional. Gran gentío en las calles, los hoteles abarrotados, toreros, periodistas. Ya estaban allí *Tórtola y Oro* y D. Benedicto y D. Justo.

En la terraza, ante la puerta, recostados sobre un esbelto barandal de piedra de mármol, en conversar idílico se encuentran los novios; un poco más allá el padrino de la fiesta y padre de *Luceño*. *Ráfaga*, el ex matador de toros, gloria de la tauromaquia española, leía un periódico.

Por la noche, en el hotel, dió *Luceño* su despedida de soltero. En el champagne felicitaron al torero, y alguien dijo al espada:

—Ahora hay que distanciarse un poco.

Luceño, oportuno, resumió su brindis:

—Ahora me arrimaré más.

—¿Más? ¡Qué fenómeno!

A las doce del día, señalado para el acto, llegamos a la Villa Favorita. En la primera salita de la izquierda se había instalado la capilla. Entre montículos de flores, sobre los paños finos, la imagen de Jesús; como dosel, un regio mantón de Manila precioso. Aquel mantón que en

la verbena ciñe, garbosa, la mujer española. Aquí y allí, por todas partes, invaden las estrechas estancias los invitados. Los novios..., los esposos, ocupan el centro de la estancia. Caen los encajes blancos por el gallardo cuerpo de la novia, que lleva con arrogante majestad, como manto real, su blanco velo; una línea de azahares da realce a su pálido semblante, al que las azucenas de un búcaro que en el altar adornan miran con cierta envidia. Viste el novio traje negro, seriecito y correcto, como un burgués en fiestas. En su fuerte entrecejo se mece un meditar profundo. Un capellán español, inteligente y bondadoso, reza la epístola. Ella sonríe al esposo. El abre a la lectura todo su entendimiento para enterarse bien. Las arras, en monedas de oro, pasan de mano en mano. En este crítico momento un reloj de pared suena dos campanadas:

—¡ Señores, a la mesa!

En el centro de la mesa, los novios, los padrinos, los testigos y el cura.

Surgen las risas frescas de mujer; las flores de la mesa adornan pechos femeninos; los rojos claveles sangran en los ojos como una condecoración: la del mérito galante. Los taponazos del *champagne* Cordon Rouge hacen salvas a la alegría. La señora de *Luceño* pasa de mesa en mesa poniendo su firma en los menús. Se brinda, se hacen frases galantes. Los fotógrafos

sorprenden los grupos animados. ¡Que se escapen los novios! *Luceño*, cambiado ya su traje de etiqueta por otro gris, sujeta la coleta por el sombrerillo de ala ancha, del brazo de su esposa, que viste *clair tailleur*, sale, como si escapara de un sitio en donde su ventura peligrase. La pareja pretende deslizarse y escapar; pero, ¡ca!, advertidos todos, les salen al encuentro.

—¡Los novios! ¡Vivan los novios! ¡Que se escapen!

En la puerta, la muchedumbre estacionada responde en inmensos clamores a este viva amistoso. Los novios suben en un gran automóvil; todos buscamos vehículos. ¡A la estación! El tren arranca. Desde la ventanilla, un sombrero negro de ala ancha y un pañuelo de encaje responden al saludo de mil pañuelos que se agitan. Y en una estación y otra y en todas donde va Manolito con su esposa, ella recostada en los almohadones del coche, gusta con indolencia de la admiración pública. ¡El triunfo! ¡El triunfo! Así se deslizaron en Venecia tres meses envidiables en plena luna de miel, y hubieran seguido allí y quién sabe si para toda la vida a no ser porque tenía que continuar su arriesgada profesión, y su apoderado le pedía fechas para adquirir compromisos con todas las Empresas de España, que querían verle después de casado a ver si le huía al toro y quedaba en ridículo.

Por fin, llegaron a Sevilla una mañana de abril

y encontraron a *Ráfaga* y Fernanda con las tías Paca y Ricarda en la estación esperándoles en su magnífico hispano. ¡Qué alegría de verse todos reunidos. La dicha de vivir.

Lentejuela también había llegado ese mismo día de Madrid con un capote y dos ternos elegantísimos, uno canario y plata y el otro azul celeste y oro y el capote azul cobalto y plata, que hacían un efecto divino. ¿Cuál de ellos se pondría para inaugurar la temporada?

Por la noche llegaron el apoderado y varios amigos de Madrid. Torearía las de feria; era muy oportuna su llegada. Y llegó el día que tenía que hacer su reaparición, y en Sevilla nada menos, al lado de Rafael y de Juan, con toros de Miura, y ésta fué la faena: Metido entre los pitones, solo, con la mano izquierda jugó los brazos con soltura, llevándose al Miura en los vuelos de la tela y luciendo el terno color canario; arrancóse muy rudo y muy despacio en su primero, y doblando la cintura en el pitón metió el estoque hasta la bola, y el toro sacó, tambaleante, un trozo de la pechera del *espá* en el pitón derecho. Y eso después de una grandiosísima faena de muleta, en que dió al Miura pases de todas las marcas y estilos como él sabía ejecutarlos: a toda ley de arte y valor! *Tórtola y Oro* decía en su reseña: "Hace muchos años que no se veía una faena tan completa ni toro tan bien matado en la plaza de la Maestranza." Y esa

era su primera corrida y al lado de Rafael y de Juan, los dos colosos de la tauromaquia.

Y dieron por terminadas las de feria con una corrida regia, toreando Rafael, Juan, Sánchez Messía, *Taita*, *Bebé*, *Corchaíto* y *Relampaguito*, con asistencia de Su Majestad el Rey de España D. Alfonso XIII, asistiendo, además, todas las Embajadas extraordinarias que habían venido a la feria.

En los tendidos dieron realce a la fiesta, honor a la belleza de la mujer española un núcleo deslumbrante de manolas que, pendiendo la clásica mantilla, enmarcaban sus caras primorosas en brillantes guirnaldas de claveles.

El programa era el siguiente: Dos toros de Veragua que rejonearon Cañero y Simao da Veiga, más siete toros, uno de cada ganadería, para cada uno: Veragua, Miura, Concha y Sierra, Pablo Romero, Hernández, Pérez Tabernero y Conde de la Corte. En el festejo hubo lucidísimo desfile de heraldos, pajes y carrozas.

Luceño, al momento de brindar, se va al palco regio, y en voz alta dice, después de saludar con la cabeza, inclinándose respetuosamente:

—Por Vuestra Majestad, Don Alfonso XIII, el Rey más simpático, más valiente y más popular que hay en el mundo.

Paso a paso, como era su costumbre, fué a buscar al toro, que ya le esperaba en suerte, y metido entre los pitones le da hasta seis pases

ceñidísimos, en que la baba del animal, furioso, empañá los golpes áureos del chaleco torero; puso su corazón en la punta de aquellos cuernos fríos, le escupió en el testuz al toro, le paleó con desprecio en el hocico húmedo, que bajaba a la arena con humilde acatamiento, y sigue por naturales y de pecho, todos ellos elegantísimos; sigue la faena, y da tres molinetes en la cuna, dos de ellos enormes; continúa aún pareciéndole poco, y vuelve a darle tres naturales girando en la punta de los pies y ligándolos con uno de pecho escalofriante; ya cansado de torear y de oír ovaciones se tira a matar, acostándose materialmente en el morrillo, sin mirar a otro sitio que a aquel boyuelo de la muerte; sepultó allí el estoque hasta la cruz y el animal salió rodando de la mano, no sin que su pitón derecho se engancharse en el pecho del espada, cortándole la pechera de su camisa tableteada, y en la violenta sacudida para saltar fuera le rompió una cadena en que el torero llevaba una medalla de la Virgen del Carmen.

Sin zapatillas, con toda la ropa destrozada, con la cara arañada por la fría arena del redondel, se levantó *Luceño* loco de ira y de furor, balbuceando denuestos para el Concha y Sierra bravo que en aquel duelo a muerte buscó también la vida de su enemigo poderoso; le presentó su pecho descubierto entre las telas desgarradas, mientras el animal, asombrado de tan-

ta temeridad, retrocedía y daba en rápida agonia sus patas al aire, como un hurra formidable al vencedor.

Después de ese festejo marchó a Pamplona. Iba contratado para todas las corridas de feria. Era el héroe indicado, y al lado de Sánchez Mes-sia iba a disputarse la pelea. ¡ Pamplona, durante las tradicionales fiestas de San Fermín, en la ciudad de Sarasate. Las corridas de toros son en la capital navarra de las más típicas que en la castiza fiesta pueden darse. Los mozállones pamploneses, formales y sinceros, pierden en los tres días de corridas su serenidad normal; repletan sus blusones largos, que les dan apariencias de fígaros modernos, con frutas sazonadas; echan sobre sus hombros el cordel de una bota de vino riojano; lanzan al aire en infantil algarabía sus diminutas boinas, que recortan las coronillas como abollados solideos, y en los tres días comen, cenan y hasta se acuestan en la plaza; corren delante de los toros en los encierros, toorean los embolados y aplauden con locura sin igual las faenas de los diestros.

Las plazas de toros tienen todas un carácter distinto y especial. La de Sevilla, achatada, amplia y limpia con sus arenas, que dan al sol rayos de plata, es alegre y pinturera; para mí, la más torera de España. La de Madrid, alta y señorial, es severa de cátedra. La de San Sebastián, con las arenas rojas y las *toilettes* lujosas

de su público *chic*, es aristocrática; la de Valencia, con sus brillantes colorines, que avivan su sol fuerte, es ordenada en su bullicio. La de Pamplona, con su cielo gris, con su bullir desordenado, con su mescolanza agradable de clases, donde la sombra y el sol de los tendidos se funden en un estrecho abrazo, es la más democrática, la más alegre, la más templada en sus rigores para con los diestros en desgracia. Por ser original, está en la urbe, y los espadas, para ir a torear, salen de la fonda en que se hospedan a pie, con sus cuadrillas, paseando por las calles sus caireles, rodeados de golfillos y comadres, que, por lo menos, disfrutan de la fiesta el color del traje de los diestros.

Manolito vestía el flamante terno azul y oro que estrenó en Sevilla, y era la admiración de los aficionados cubierto con su majestuoso capote azul cobalto y plata. Aquella tarde, Manolito toreado con Sánchez Messia y *Relampaguito* reses de Murube, tuvo tres delirantes ovaciones en sus toros y salió en hombros de aquellos chicos de las blusas.

En las corridas siguientes, segunda y tercera, alternando con *Corchaíto* y *Bebé*, mató los cinco toros de cinco colosales volapiés y sendas faenas de muleta. Siguió la temporada con éxitos cada día más crecientes, y sin duda él mismo no se hubiera vuelto a superar en ninguna futura.

Luceño continuaba este año por las plazas pro-

vincianas su campaña, como si empezara de nuevo su cartel, salvo en la primera de San Sebastián, en la que recibió dos avisos.

Fué a Toledo, y la Prensa decía: "Este es Manolito, el que tiene eso de torear y matar toros como nadie hoy." Y fué a Valencia (corridas de feria), y seguía afirmando por todas partes la Prensa: "*Luceño* demostró que no le afligen los pitones, y disfruta, a Dios gracias, del mismo arte y del mismo valor de hace cuatro años." Y volvió a San Sebastián los días 14 y 15 de agosto, al lado de Juan y Sánchez Messia, y *Santo Magno* decía en su revista: "El día 15 se nos mostró Manolito tan bravo como el día anterior, y las mayores ovaciones, el triunfo verdadero de la tarde, fué para *Luceño*." Y en Bilbao, los días 21 y 22 de agosto, con *Relampaguito* y *Corchaíto* en las dos tardes, tuvo en sus toros "ovación y oreja".

En la segunda fiesta, al salir a matar un toro de Murube, su segundo, se cayó al suelo, clavándose una banderilla en una mano y produciéndose una herida que le impidió torear los dos días siguientes, y que duró abierta hasta que acabó la temporada...

Y en Madrid... Aquí viene algo trágico. Fué en la tarde del 17 de septiembre de ese mismo año: tarde trágica para la afición. Salieron a torear seis toros de Fornos *Luceño* y *Corchaíto*; el infortunado diestro en substitución de *Bebé*,

herido aquellos días; por la noche vocearon los vendedores de periódicos madrileños: "*La Voz, Informaciones*, con la cogida y muerte de *Corchaíto* y el triunfo de *Luceño* en Madrid." No se habló una semana entera de otra cosa. Los rotativos se agotaban en seguida; aquel pregón en que anunciaban juntos su triunfo de vida y una mortal derrota conmovió a la opinión. "En la corrida celebrada esta tarde fué cogido, al hacer un quite a su segundo toro, el diestro sevillano *Corchaíto*, dejando de existir a poco de haber ingresado en la enfermería, y *Luceño*, sobreponiéndose a la terrible desgracia, mató los seis toros de seis estocadas colosales, entre ovaciones estruendosas y magnas. El cordobés cortó las seis orejas de sus víctimas y fué aclamado hasta llegar al hotel donde se hospeda actualmente en Madrid."

¿Quién recuerda otro caso siquiera parecido? ¡Aquellas ovaciones debieron sonar a cantos fúnebrarios. *Tórtola y Oro*, una de las plumas más entendidas de la época actual, y a quien la fiesta nacional debe mucho, decía así en su reseña: "Su Majestad *Luceño*. Ha llegado el momento de convocar unas Cortes constituyentes taurinas para la proclamación de monarca en la república de los toros. Vacante el trono desde que murió aquel insigne torero que se llamó *Joselito*, hora es ya de que el pueblo se aperciba a la elección de soberano y restablezca el verdadero derecho

inserto en los códigos de *Paquiro* y *Chiclanero*. ¡Ha llegado el momento solemne y grandioso! Al salir hoy de la plaza, todos, a una, entonamos un himno de gloria para el ilustre cordobés, heredero de aquellos abderramanes de perdurable memoria. ¡Viva Su Majestad *Luceño*! Y declaro que nunca me había parecido ni más oportuna, ni más justa, ni más entusiasta la dicha aclamación. *Luceño* hoy nos recordó los "grandes días" de la tauromaquia; por nuestra mente pasaron claras y distintas las figuras de mayor bulto en la historia del toreo."

—Yo e uno de lo día que he zalío má triste—decía *Luceño* después de la corrida, por haber salido de la plaza sin el compañero con el que había entrado para luchar los dos entre las astas del toro, y al fin quedar triunfantes; pero ese día no fué así para su desdichado amigo.

Luceño decidió descansar quince días al lado de los marqueses de Fornos, íntimos amigos de *Ráfaga*, que tenían sus fincas al lado de las que años antes habían ellos adquirido: Dos Estrellas.

El Marqués de Fornos es el mejor hombre de campo, el ganadero más entusiasta y entendido, el dueño de vacada más experto que tiene, hoy por hoy, Andalucía.

Todas las mañanas, al despertar los campos a la luz, suenan por el paseo de las Delicias de Sevilla las colleras del coche que lleva el Marqués a sus cerrados. En todos los crepúsculos,

cuando las sombras de la noche caen sobre el Guadalquivir, se ve al afamado ganadero del rostro patilludo volver de bien cuidar a su ganado. Cada toro, cada vaca, cada becerro de la dehesa tiene en la excelente memoria del señor Marqués su historial. Los toros del Marqués, por su dureza de canillas, por su agilidad de cuello, por sus nervios y músculos, cuando salen mansos y quieren defenderse, son bastante más difíciles que otro ganado cualquiera; se hacen de más sentido y su lidia presenta un peligro mayor. Y como, en general, todos llevamos dentro algo de alma a lo Nerón, como el placer de la catástrofe es intuitivo, como las emociones fuertes nos seducen, como la tragedia del día nos atrae, los públicos empezaron a abarrotar las plazas de toros cuando se anunciaban toros del excelentísimo señor Marqués de Fornos, de Sevilla; las Empresas comenzaron a aumentar los pedidos al excelente ganadero y a cada cogida de un torero el crédito comercial de la divisa subía a lo incomparable.

Los diestros ya dieron en temer, y la invasión de los ruedos por los temibles toros aumentaba; las primeras figuras, si antes lidiaban en toda la temporada tres veces reses de este acreditado ganadero, ahora se lidiaban doce o catorce. ¡Era éxito de Empresas! Y vinieron entonces las reservas de los matadores que podían te-

nerlas, y empezaron a preocuparse ya de su defensa personal antes del espectáculo.

El Marqués de Fornos, como hombre inteligente, vió el peligro si los matadores de primera fila se negaban a torear sus reses, y para atajar el mal ideó o contribuyó a que se idease la Asociación de Ganaderos Andaluces, que después se hizo Unión General de Ganaderos, y que fué presidida en Sevilla por el propio marqués de Fornos y en Castilla por el duque de Veragua.

En los estatutos de la Asociación figuraba como base principal la fórmula siguiente, que quedó incluida en los contratos de los ganaderos para con las Empresas: "Igualmente se compromete el empresario a que para las corridas que se celebren ningún espada ponga en sus contratos la condición de no lidiar toros de algún ganadero de la Unión."

Luceño, por estar con *Bebé* ocupando los dos puestos más altos del toreo de su época, tenía todos los años que lidiar un número mayor de toros de Fornos que de otros ganaderos. Y empezaron a germinar ideas de defensa, y un día, en la plaza de Alicante, sentados en el estribo *Luceño* y *Bebé*, después de haber sudado lo increíble para ver arrastrar uno de los difíciles del ganadero sevillano, se dijeron:

—Oye, esto no puede seguir así; puesto que el Marqués pide más precio por sus toros, las Em-

presas ganan con ellos más, porque viene la gente a ver si nos disecan; vamos a pedir nosotros más dinero también por torear estas reses, que nos cuestan mayor trabajo que otras.

Cuando, pocas tardes después, debía tener *Luceño* el percance más grave de su vida torera.

El día 13 de octubre se había anunciado una corrida de toros de Fornos, que debían estoquear los espadas de la famosa competencia *Luceño* y *Bebé*. En el último, cuando ya terminaba la corrida sin incidente alguno, fué a entrar a matar *Luceño*; entra tan derecho y tan cerca que el bicho se quedó con él prendido en el asta derecha, dándole la voltereta y arrojándole en el suelo para hacer por él y levantarlo por la entrepierna; lo lanzó otra vez por los aires con tal fuerza y violencia que al caer sufría la rotura de la clavícula y del brazo derecho. *Bebé* acudió al quite en el momento en que el de Fornos iba a cornear de nuevo a aquel cuerpo caído; se levantó *Luceño*, llegó a las tablas pálido, desencajado, y sin fuerzas cayó en brazos de su mozo de espadas, *Lentejuela*, y de *Cantares*, su banderillero, diciendo acongojado:

—¡Agua, agua! ¡Me ahogo!

El día mismo del desastroso suceso, en su cuarto del hotel donde habitaba, *Luceño*, presa de intensísimos dolores, sin poderse mover, lleno de angustias y temores, porque si lo del brazo era muy doloroso, tenía arreglo, pero la corna-

da de la pierna era más grave: tenía 18 centímetros de profundidad e inspiraba serios temores, por haber sido muy cerca de la femoral. Se avisó a Sevilla, aunque sin decir lo grave del suceso, y, naturalmente, hacía el mismo efecto que una bomba a *Ráfaga* y Rosa María, que salían para Madrid en seguida en automóvil.

Hubo así, al lado de su padre, su mujercita y *Lentejuela*, su fiel mozo de espadas, largas noches horribles entre la vida y la muerte, sufriendo angustias enormes e indescriptibles. La muerte, que rondaba en el cuarto, por fin se marchó, y empezó en franca mejoría, y el 20 de octubre, con su esposa y *Lentejuela*, montó al fin en el tren, y ¡a Sevilla!, a su casa cómoda y lujosa, a los cuidados de los suyos para fortalecer el cuerpo y tranquilizar algo el espíritu.

Aquella horrible lesión presentaba para Manolito una serie de cuidados diarios y esmerados durante dos meses, y el brazo entablillado colgando de un gran pañuelo de seda negra; y ese invierno lo pasó en Sevilla entre su finca en Dos Estrellas y Sevilla, hasta que, encontrándose completamente restablecido, empezaba de nuevo su entrenamiento en la finca de su amigo Narváez, de Córdoba, toreando vacas y becerros hasta que dió principio la temporada.

Vino a Madrid el 3 de mayo, al día siguiente de la revolución de Belmonte, y estoqueó al toro *Sangre Azul*.

Entonces hubo ovaciones. Nuestro héroe había llegado. Pero no sintiéndose aún muy fuerte se marchó a la sierra de Navacerrada, y allí, entre la nieve y el deporte, pronto se sintió más fuerte para volver a la pelea, debutando en Barcelona en la corrida de la Prensa, y siguió en Santander; luego volvió a las corridas de Pamplona que tenía ajustadas.

Luceño de Córdoba vuelve a ser ídolo de las masas, y vamos en la séptima temporada de matador de toros. El torero más completo que haya existido sigue mostrándose en los ruedos para reactivo de este ambiente de trampas y tranquilla que ha invadido a la afición por ahora. Los que se figuraban ser sus triunfadores han sido los vencidos. *Luceño* sigue igual; al final de este año marcha a Méjico en iguales condiciones que fué hace dos años. *Luceño* quiso tomar un descanso, y se fué con su Rosa María a Córdoba, a Córdoba la vieja, y como una evocación surgió aquel día, en la falda florida de la Sierra, la más alegre, la más típica, la más hermosa de cuantas tierras de España alzan al cielo sus jorobas repletas de chaparros y de olivos, de mejoranas y tomillos, de adeltos y palmitos. Como a un conjuro se abrió su alto portón, que da acceso al cerrado, para dar paso a *Luceño*, en su soñado traje de cazador adinerado, al lado de una morenilla gentil y graciosa, que contemplaba a su héroe embelesada de amor y alegría. ¡Las

ruinas de Medina Zahara! ¡Córdoba la vieja! Sobre la prolongación de unas murallas que marcan la huella definitiva de una ciudad enterrada, teniendo por espaldar una sierra florida, llena de casas blancas entre olivos, limoneros y naranjos, y por punto de mira hacia la lejanía en que la sombra alcanza la moderna ciudad, cuya maravillosa meca muestra un palacio de ensueño que un sultán dadivoso hizo templo de amor para su favorita, y el palacio de Medina, que el Califa Abderramán hizo allí alzar para su bella Azahara, que fué quemado y enterrado al huir de la ciudad los sarracenos, que ahora han desenterrado, reconstruyéndolo con sus fríos azulejos de colores vivos que no pudieron borrar ni las llamas ni la tierra.

Atardece; el sol andaluz pone rayos de fuego en la Sierra, dándose un beso con los de oro que aun quedan en la ciudad. Córdoba la Sultana envuelve entre las sombras sus blancas casas, por las que ya asoman los primeros destellos de luz artificial.

Un grupo de amigos íntimos y aficionados ofreció a *Luceño* a los pocos días un *lunch-champagne* en la Mezquita; pero el punto de reunión era en el Club. El Club Guerrita, digno de conocerse por los tesoros que guarda.

Una montera de *Paquiro*; una muleta, la célebre muleta del *Espartero*, que fué bandera en el combate en que cayó sin vida en el ruedo de Ma-

drid; una garrocha de *Zurito*; un par de banderillas del primero de los califas cordobeses, el magno Rafael, y la última zapatilla que calzó el califa segundo (q. D. g.), Guerra el Magnífico.

A un lado y a otro, dos cabezas de toro, célebres en los anales del toreo, muertos, el uno, por *Conejito*, y el otro, por *Guerrita*, que allí estaba con *Ráfaga* y *Luceño*, rodeados de sus íntimos amigos y admiradores, que pasaban de cuarenta, y en alegre camaradería, hasta que llegó el momento solemne del *lunch-champagne*, que se iba a verificar en la Mezquita, acondicionada confortablemente para dar cabida a más de trescientos aficionados. Había que ver la Mezquita, iluminada con antorchas de todos colores y grandes candelabros de velas en interminable mesa, que hacían perceptible cualquier nimiedad por pequeñísima que fuera. Aquella noche memorable, *Luceño* tuvo ese honor, esa distinción tan grande, que no había tenido precedente en la historia, y todo para agasajar a un ídolo nacional. Hasta otro detalle, la música; una banda de Artillería tocó españolísimos y alegres pasodobles durante toda la fiesta. En los brindis los hubo inteligentes, graciosos, picarescos; pero ni un solo momento decayó una franca y sincera armonía entre los contertulios aficionados.

Aquella noche se recordaron las más famosas faenas de *Ráfaga*, y hubo olés y vivas para el progenitor del fenómeno más grande que pisara

las arenas de los circos. Después de la fiesta marcharon a Sevilla *Ráfaga* y *Luceño*, en automóvil, pues Rosa María ya lo había hecho por la tarde. Ese homenaje repercutió en toda España, y la Prensa publicó sendas fotografías de *Luceño* en medio de *Guerrita* y *Ráfaga*, rodeado de la afición cordobesa en masa, que había asistido al homenaje popular rendido al califa de los toreros contemporáneos, orgullosos de su héroe, en el grandioso templo de puertas y columnas. En la Mezquita cordobesa Manolito seguía siendo discutidísimo, a pesar de sostenerse toreando siete temporadas seguidas con dos eminencias en la clase, Juan y *Bebé*. En este año torea hasta diez corridas en Madrid, y en todas queda como el mejor, como el único; en la última corrida mata un miura y un murube, después de torear con *Bebé* y *Relampaguito*, y banderilleados estupendamente, de dos estocadas que valen dos grandes ovaciones. Y estamos en agosto; aquí cierra la temporada para embarcarse rumbo a América.

Méjico, otra vez en Méjico, tierra taurina, como España, que profesa un culto sagrado al dios Tauro. Veracruz, alegre y sucio, lo recibe de nuevo sonriente como a un viejo amigo, y en Méjico, en la plaza de toros El Toreo, también lo reciben llenos de entusiasmo treinta mil espectadores. Torea la presentación con Juan mano a mano, y sufre en esa su primera corrida una herida en la cara al entrar a matar su pri-

mero, teniendo que matar los otros tres toros con la cara vendada. Después de haberle brindado un toro a Gaona, al Califa de León, como le decían al clásico torero mejicano, ya retirado de las lides taurinas: "¡Vaya por el *mejó* torero que ha *habío* en esta tierra y por los *güenos aficionaos!*", se metió entre los pitones de la res, hizo una faena de las suyas, y la coronó con una estocada de las suyas también.

¡A tal torero...! La ovación surgió imponente. Rodolfo le dijo de palabra: "En cuanto que se acabe la corrida te buscaré." Otro día *Luceño* íbase a Atenco con Rodolfo, y allí toreaban una vaca y mataba un becerro el Ministro Peón, íntimo amigo de Gaona. *Luceño* había ido solo a Méjico, únicamente le acompañaba media cuadrilla y su fiel como disecado *Lentejuela*. ¿Tendría esa vez su primera aventura amorosa? ¡Quién sabe! El no había querido todavía a ninguna mujer más que a su Rosa María; pero *Luceño* tenía una figura muy macarena y unos ojos verdes que cuando miraban a las hembras parece que se encendían de pasión.

Se encontraba trabajando una tiple de mucho renombre en Méjico por esa época, y se enamoró tan de firme del diestro, que hubo gritos, sombras y divorcio, y el escandalito tuvo lugar, y las noticias llegaron rápidas a España: "Una célebre tiple neoyorquina, muy guapa y en esas tierras con mucho cartel, se ha enamorado, lle-

gando al divorcio por el *as cordobés Luceño.*" Pero Manolito desmintió la noticia categóricamente, claro está; él por una aventura fácil no iba a echar a perder su felicidad y su vida al lado de Rosa María, que lo esperaba en Lisboa al lado de su padre y aguardando de un momento a otro el ser madre.

Luceño se hospedaba en Méjico en céntrico como lujoso hotel de la Avenida Madero, y frecuentaba todas las noches con algunas amigos el teatro donde trabajaba la tiple; muchas noches los vieron cenando juntos, y muchas noches también los vieron irse solos, muy juntitos uno del otro, como ocultándose de las miradas indiscretas, pues eran los dos artistas grandes y, por consiguiente, populares. Hasta se habló de que si fueron juntos a la corrida de Puebla, en que Manolito tuvo que matar seis toros con Sánchez Messía, que fué cogido por el brazo en el toro primero, y tuvo que matar *Luceño* los cinco restantes. Los tres primeros los toreó y mató superiormente, y los dos últimos, salió del paso como pudo. Carlos Puig, que había ido expresamente para reseñar la corrida, decía en las columnas de *El Universal*: "Tuvo una buena tarde, aun cuando yo le he visto mejor."

En Tampico tiene que torear nuestro hombre otra vez con Sánchez Messía; haciendo un verdadero esfuerzo y sin permiso de los médicos sale a torear el valiente diestro sevillano, todo

pundonor. Sánchez Messía va en su automóvil a la ciudad del petróleo. Pero no todo han de ser palmas y olés; esta tarde está desgraciado con los toros, lo mismo que *Luceño*, y salen los aficionados tampiqueños aburridos. Luego torea de nuevo en Tampico, esta vez al lado de Juan, y consiguen ambos fenómenos un éxito extraordinario; pero la plaza de toros El Toreo lo esperaba impaciente desde hacía dos domingos. Por fin se anunció la corrida que tenía que matar al lado de Juan y Sánchez Messía y con toros españoles de Parladé. Manolito mató ese día sus dos parlades de dos estocadas colosales, y habiendo puesto tres pares de banderillas monumentales, dos de ellos al cambio superiores, y con sus faenas de muleta hizo enrojecer de entusiasmo y levantarse del asiento repetidas veces al respectable.

Luceño estaba haciendo una lucida y fructífera campaña, estrenando un Pierce-Arrow formidable, tipo deporte, traído expresamente para él de los Estados Unidos; por el bosque de Chapultepec se le veía en compañía de su banderillero *Lentejuela*, porque *Luceño* era torero en la plaza y en la calle y sabía alternar y alternaba. Ese elegante carruaje se detenía todas las noches en el Regis, en el *cabaret* de la Avenida Juárez, y más tarde en el Globo, de la Avenida Madero, y siempre en compañía de su cuadrilla. A él también le gustaba que su gente disfrutara;

no era egoísta ni orgulloso. Una noche hubo una gran fiesta en el Chapultepec, el mejor y más elegante *cabaret* de Méjico, y vimos cenando en amical camaradería a Gaona y a *Luceño*, que vestían impecable *smoking*, luciendo en manos y dedos enormes brillantes; se habían hecho amigos íntimos, y eso que Rodolfo no hacía amistades con todo el mundo, y menos con toreros; pero *Luceño* le agradaba y quiso hacerlo de su reunión, presentándolo con grandes personajes, que entre ministros y generales llegaban a diez. Y “¡Oh, la maquiavélica idea! —se dijo—. ¡Si aterriza esta noche por aquí la famosísima tiple en cuestión, se le propondrá que baile desnuda completamente, a puerta cerrada, exclusivamente para los diez!”

Y cada uno se comprometió a dar para comprarle una *rivière* de brillantes en La Esmeralda. Y así fué cuando, ya muy entrada la noche, llegó con cuatro o cinco segundas tiples la tan famosa y esperada *estrella*, y el escándalo fué sonado y mayúsculo... ¡Había que ver aquella hermosísima mujer bailando en medio de gritos salvajes! Cuando el baile terminó, *Luceño* la obsequió con un beso y desapareció con ella; en vano los buscaron, ellos habían desaparecido; pero al día siguiente la promesa fué cumplida; a la casa de la tiple llegaba un estuche forrado de papel de seda: era un collar de brillantes, “recuerdo de aquella noche y de aquellos diez pel-

mas que habían tenido la satisfacción de contemplarla en traje de Venus”.

Luceño toreaba ese domingo en El Toreo, y no estaba la cosa como para tomarla a broma, pues los de Fornos, que era la ganadería que se iba a lidiar, eran de cuidado y respeto. Allí estaban los ocho animalitos retratados en todas las esquinas. El papel se agotó por instantes, y las localidades se cotizaron a un precio fabuloso gracias a que era para un fin benéfico: la Cruz Roja Mejicana. ¡Y vaya corridita que resultó! Un éxito, un grandioso éxito para *Luceño*, que hizo el paseo con Juan, Sánchez Messía y *Bebé*, los cuatro *ases* máximos de la torería andante y contemporánea. La plaza de toros El Toreo estaba como nunca, ofrecía verdaderamente un aspecto imponente. Se le colgaron tapices y se la adornó de flores; partieron la plaza las artistas de teatro que actuaban en Méjico con más cartel y renombre; no necesito decir que la nuestra en cuestión iba a la cabeza, montada en blanco caballo y vestida a la jerezana. El ruedo hallábase pintado con serrín gualda y oro, y tres bandas amenizaban el espectáculo, que se ofrecía majestuoso y digno de aquellos cuatro maestros de la tauromaquia.

A las tres llegó el Presidente y sonó en la plaza el toque de ordenanza, resonando en el espacio por aquellas tres orquestas el himno nacional mejicano. El público, respetuosamente, se

levantó y sombrero en mano escuchó aquella oración, e inmediatamente después se dió el aviso, y entre músicas, gritos y palmas hacen el paseo las cuadrillas, las cuadrillas más famosas de España y los cuatro diestros de más valor positivo de la fiesta brava. También Rodolfo Gaona asistió a aquella batalla, honrando con su presencia aquel acontecimiento en un palco de los llamados de luto.

Pesado resultaría analizar el trabajo de los cuatro diestros; lo único que sí no se puede omitir es que Manuel, *Luceño*, quedó a la cabeza de aquellos maestros, como siempre, y les ayudó en todo lo que pudo, bregando con el capote sin descanso hasta en los toros que no le pertenecían. Méjico se recreaba en agasajar a los héroes hispanos, y para conmemorar aquella fiesta se dió un banquete en el Café Colón, con asistencia del Presidente de la República y de Rodolfo Gaona; fué un banquete oficial, y únicamente asistieron invitados de honor. Se dieron vivas a Córdoba, a Sevilla y a Méjico, y se grabó una placa de plata con el nombre de los toreros y toros que habían tomado parte en el festejo, regalándosela al Presidente.

A los pocos días salían en tren especial para Guadalajara a unos festejos que iban a celebrarse en Chapala, en el encantador y panorámico lago de Chapala; hubo corridas de toros, y alternaron Juan, Sánchez Messía y *Luceño*, consi-

guiendo señalados y merecidos triunfos, lidiándose reses del país: Atenco, San Diego, Piedras Negras y Coaxamalucan. La tan deseada competencia surgió aquí, en Guadalajara; una de las tardes que había fiesta toreaban Juan y *Luceño*, y se hizo tan encarnizada la lucha, que no se sabe quién de los dos venció. Los dos eran toreros clásicos y fenómenos, *sui géneris* y completamente distintos, originalísimos, de marca de fábrica especial; Juan no fué arrollado, no lo podía ser por ningún compañero coletudo; pero *Luceño* tapó todas las bocas que se abrían en apóstrofes y en dudas insidiosas a su valor. Hubo, sí, antiluceñistas furibundos por halagar a Belmonte, como hubo antibelmontistas rabiosos por no querer que *Luceño* descendiera. Las pasiones estuvieron desatadas por los tendidos, y llegaron a Méjico los ecos.

Mientras tanto, la Empresa de El Toreo se frotaba las manos en su despacho de billetes, y los dos rivales paseaban a los pocos días por Chapultepec, en tardes de descanso, sus mutuas simpatías y los afectos de buenos compañeros. *Luceño* comenzaba a luchar en El Toreo mano a mano con Juan como si empezara de nuevo su cartel, demostrando que no le afligen los pitones; y sin querer notar su vanidad y aptitudes extraordinarias, su buena maña para escurrirse de los pitones, su inteligencia para sortear las reses, le creyeron como de esos héroes de hierro

que, con la leyenda lustrosa que echa sobre sus hombros de ídolos trágicos la multitud fanática, cruzan por nuestros circos, fieles a su destino, aguantando cornadas en la arena y con valor espantan el choque terrible de la testuz de un toro con sus cuerpos de bronce: *¡Joselito! ¡Granero! ¡Varelito! ¡Litri! ¡Gavira! ¡Montes!...* No fué así. “¡A mí que me den un sastre que esté cosiendo mucho sin clavarse las agujas!”, decía el famoso Curro Cúchares, prototipo del torero habilidoso, para hacer notar la bondad de su toreo, porque no se clavó casi nunca un pitón.

Luceño, en los cinco primeros años, casi puede parodiar a Currito. Luego vinieron las *cornás*; se clavó la aguja muchas veces, pero no tantas como se la clavaron Sánchez Messía y *Bebé*, los dos toreros de su época. Toreó tres o cuatro competencias en El Toreo mano a mano con Juanito Terremoto, triunfando los dos y dividiéndose los partidos y las opiniones. Se anunció su beneficio, y convidó a Juan para despedirse, asistiendo gustoso y compartiendo con *Luceño* las palmas y dianas, que tan abundantes se cosecharon esa tarde. *Luceño* volvía a España, y volvía con algunas docenas de billetes grandes y un baúl pequeño lleno de oro, de esas monedas tan hermosas de cincuenta, llamadas centenarios, que hay en Méjico, para enseñar cómo se ganaba el dinero por América cuando se lo sabía uno ganar. Desembarcó en Lisboa directa-

mente, adonde le esperaba la fatal noticia de que acababa de perder en el aborto un niño de su Rosa María. *Luceño* se sentía sumamente desgraciado por el incidente.

Después de haber pasado una temporada trisísima en Lisboa, volvía a Sevilla y, claro está, allí estaba su primer hogar, pero ahora no tenía su hijo, el que había formado casándose con Rosa María. Sentíase *Luceño* cansado de la vida y de los toros, quería retirarse y sentía necesidad de algo más puro y más sano; pero ¿qué hacer? Tenía que estar en la pelea, aunque sintiéndose atraído por su hogar. Volvió esa vez decidido a morir, a dejarse matar por un toro, ganar la pelea como ninguno y ser, como *Ráfaga*, un califa que pasaría su nombre a la historia del toreo y a la de Córdoba.

Una mañana tomaba el desayuno en la terracita de su casa cuando llegó un telegrama; era de su apoderado, que le pedía su parecer para ajustar festejos que había en perspectiva. *Ráfaga* le aconsejó comenzar su entrenamiento; pero *Luceño* se presentó sin entrenamiento y cuanto antes. ¿Sería en Madrid? ¿Sería en Sevilla? ¿Sería en Barcelona? Por fin fué Madrid el que tuvo ese honor, y en su plaza se presentaba de nuevo, haciendo el paseíto con dos novilleros que tomaban ese día de sus manos la alternativa, y ya estaba la noria otra vez en movimiento. Esas alternativas suponían eran un nue-

vo horizonte y una nueva esperanza para la fiesta; el uno era de Valencia, el otro era de Aragón. ¡Serían dos fenómenos! ¡Así lo aseguraba la Prensa en cuantos sitios actuaban!

Esa tarde hicieron realmente prodigios con sus toros, y Valencia y Aragón se unieron en triunfo de victoria. Y vino el grandioso acontecimiento taurino que se inauguraba este año, la corrida de la "Oreja de Oro"; torearían *Luceño*, *Bebé* y los dos nuevos fenómenos que se comían al toro. Las entradas se agotaron días antes y alcanzaron precios fabulosos; el coso madrileño estaba engalanado, y dió comienzo el festival más importante del año. ¡A ver quién ganaría el precioso galardón! *Bebé* ocupaba un puesto preeminente en el toro, después de *Luceño*, y *Brillantito* y Molina eran los fenómenos más grandes de la época; *Brillantito*, la esperanza de Valencia, y Molina, el orgullo de Aragón.

Ráfaga vino de Sevilla exclusivamente para presenciar el festejo. Se lidiaron en esa tarde reses de la divisa negra y oro, Fornos. *Luceño*, antes de ir a la plaza había dicho a su gente:

—¡Vamos a demostrar quiénes somos! ¡Vamos a ver lo que valemos!

En esa tarde quedó demostrado plenamente; ya al hacer el paseo se notó en *Luceño* que venía dispuesto a que se le aplaudiera por todos, amigos y enemigos; envuelto en su capotillo blanco, bordado de rosas de oro y grana, miraba a los

tendidos de sol, donde se hallaban los contrarios, con un aire de celo valeroso. “¡Ahora veréis quién soy!”, parecía decirles. Y salió el primer toro de Fornos, un buen mozo de capa castaña, de piel lustrosa, cabos finos. El hermoso animal fué bravo y poderoso. Los espadas hicieron bien sus quites, y... llegó el momento de matar. *Luceño* brindó ante la presidencia y fué con paso lento a buscar al toro, que se hallaba en los tercios del tendido tres.

Mucho antes de llegar, como a diez metros de distancia, hincó el espada las dos rodillas en tierra y citó al toro. Le miró éste sorprendido, y no acudió. *Luceño* no desistió por ello de practicar el peligroso muletazo que en su temeridad había pensado; tranquilo, sonriente, incitando al de Fornos con la voz, fué deslizándose sobre la arena, sin despegar las dos rodillas, hacia la cara de la res, que seguía mirando atónita aquel reflejo de caireles en serpenteos de reptil.

En el público, el rasgo temerario produjo una honda conmoción. Con silencio de angustia se le siguió en aquel acto de locura suicida. ¡Iba a ser clavado por el cuerno del toro! Así lo quería el corazón de aquel muchacho irreflexivo; quería morir, y dueño de sí, tranquilo, consciente, el torero avanzaba; estaba a menos de dos metros; no tenía distancia para librar la cabezada; se debía levantar; ¡fuera, fuera! nadie osaba gritar para no precipitarle en la catástrofe. Al fin

el animal partió ciego, veloz hacia el torero que temerariamente le retaba; la muleta hizo un giro como bandera desplegada en la victoria.

Un grito de horror cruzó el espacio, y una salva de aplausos estruendosos acogió la figura gallarda del espada, ya libre del peligro y puesto en pie llamando al animal, que corría despistado, perdida ya la presa. Y se volvieron a encontrar, y entre los cuernos, siendo despedido muchas veces por los lomos de la furiosa res, hizo *Luceño* una de esas faenas nerviosas y apretadas que le dieron la fama, y en la que los pitones iban saltando lentejuelas de su traje torero. Igualó para herir, y dió un pinchazo soberano, cimbreándose el estoque en el encuentro a la fuerza empleada en el ataque.

Volvía a muletear; se fué el toro frente a la puerta de toriles, y en aquel mismo terreno, difícil, porque las reses, por instinto, tienen en él querencias naturales, entró a matar despacio, mirando sólo al sitio de la muerte, y dió tan soberbia estocada, que el toro salió rodando de la mano apenas se desvió ésta del estoque, clavado hasta la roja cruz en el morrillo.

Trece mil pañuelos, imitando una bandada de palomas en vuelos caprichosos, pidieron para *Luceño* la oreja de la víctima, la "Oreja de Oro". El amor propio de *Luceño*, su pundonor torero, su vergüenza de hombre ganó una gran batalla, luchando limpio, sereno y tranquilo.

Est. 20
631

ORDER OF THE

150